

Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras
zacatecanas II



ZACATECAS

SECRETARÍA DE LAS
MUJERES



Y son nombres de mujeres
Antología de escritoras
zacatecanas

II



Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas II

Este libro es posible gracias a la participación de:

Secretaría de las Mujeres

Secretaria

Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza

Colectivo Líneas Negras

Fundadoras

Mtra. Sonia Ibarra Valdez

Mtra. Irene Ruvalcaba Ledesma



Este libro forma parte de la serie *Y son nombres de mujeres*
Volumen II, primera edición, cuenta con 200 ejemplares
Se terminó de imprimir en Zacatecas, Zac., marzo de 2019

* Las opiniones expresadas en esta publicación son responsabilidad de sus autoras y no representan necesariamente las de Semujer.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Índice

Isabel Rivera González	1
❖ Señor Blanco	
María de los Dolores Saucedo Torres	3
❖ Maestro rural	
Itzel Núñez	7
❖ Estrellas	
Luisa V. Vera	8
❖ Tenue Luz	
Melissa Cerrillo	11
❖ “Estás densa, mujer”: creo que he cambiado molecularmente o sobre la <i>liberté</i>	
Tere Burgos	14
❖ Hace veinte días	
María Fernanda Benítez Banegas	18
❖ Par de lentes	
Elsa Leticia García Argüelles	20
❖ La barca y la neblina	
Selene Salas Sánchez	23
❖ Nocturna	
Sara Andrade	26
❖ La boca de la bruja, el pozo de la verdad	
Fátima Chávez Concha	33
❖ De noches y de monstruos	
Rebeca Vargas Tovar	36
❖ Hueyi atl	
❖ Cihuamichin	
Andrea Jiménez Montalvo	38
❖ El grito de Socorro	
Sharon Melissa Llamas Campos	41
❖ Romper el molde	

Laura Sánchez Solorio	45
❖ En global calentamiento	
Brisa Elvira Navarro Hernández	48
❖ Un mundo dual	
Ma. Esther Escalante Galván	50
❖ Sofía	
Verónica G. Arredondo	52
❖ Roma	
❖ Que no se le niegue a nadie	
Verónica Imelda Vázquez Torres	54
❖ ¡Adiós, comadritas!	
Claudia Guadalupe Macías Ibarra	58
❖ Verse desde otro ángulo, desde otro punto: psicología y literatura femenina	
Alba Monserrat Hernández Cervantes	63
❖ Contra el silencio	
María Guadalupe Reyes García	66
❖ Las manos de mi hermano	
Ana Valeria Badillo Reyes	70
❖ Cestrum Nocturnum	
Alma Rosa Fernández	73
❖ Sentir Profundo	
Sonia Medrano Ruiz	78
❖ La fábrica	
Olga Fabiola Romo Enciso	81
❖ Reconstrucción	
❖ Amas a la mujer lobo que soy	
Hannia Yiribeth Valdez Sosa	82
❖ Siempre en mi mente, por siempre en mi corazón	
Arlett Cancino Vázquez	84
❖ Modelos de mujer en <i>Balún Canán</i> de Rosario Castellanos	

Presentación

El Gobierno del Estado de Zacatecas, a través de la Secretaría de las Mujeres, tiene el firme interés de generar espacios de reunión donde las escritoras zacatecanas den cuenta de su forma singular de ver el mundo, desde el sentir literario, mezcla de imaginación y realidad. Las escritoras que reúne esta antología escriben: historias breves, intensas, fugaces e irónicas con un toque especial y único, lo que demuestra que las literatas zacatecanas están creando narrativas y poemas de una gran calidad escritural, dignas de ser publicadas y leídas.

El proyecto *Y son nombres de mujeres* tiene como objetivo publicar textos escritos por las zacatecanas, reunidos en una serie de antologías. Este libro es la prueba del compromiso de Semujer con las literatas zacatecanas, esperando sea uno más de muchos que se concreten para que la sociedad civil, la academia y las instituciones garanticen que las mujeres, creadoras y creativas cuenten con espacios para la publicación de sus escritos y así motivar a más mujeres hacia el campo escritural.

A lo largo de la historia muchas mujeres han tenido que superar obstáculos para abrirse camino en el ámbito de la literatura. Durante extensos periodos de tiempo sus textos han sido minimizados e invisibilizados o bien, se les ha obstruido la llegada a las y los lectores, envolviéndoles en una cortina de humo rosa. Esto sucede, tristemente, no por falta de capacidad o voluntad de las mujeres hacia la escritura, sino porque a ellas siempre les cuesta más, mientras que los escritos firmados por hombres, muchas veces, no presentan obstáculos para la publicación. En muchos casos, las escritoras “deben” demostrar que también lo pueden hacer, que sus textos están “bien escritos”, como si los espacios estuvieran socialmente preestablecidos, apartados, ser exclusivos para

los autores que en su mayoría siguen un *canon* abiertamente patriarcal.

En este libro las escritoras se asumen como actoras colectivas, dan vida a un cuerpo de palabras e historias. Crean un discurso híbrido y múltiple, diversidad escritural colmada de sororidad, creatividad e ímpetu. También, en sus textos se revela una pluralidad de temas y vivencias que dan cuenta de historias de vida y lucha.

Las lectoras y lectores se encontrarán con relatos de estrellas fugaces, de docentes altaneros y sin vocación, de hombres de nieve, de monstruos que se esconden tras la sombras; también podrán apreciar la noche más larga que amenaza a la libertad, los momentos que cambian la vida, lentes que enamoran, barcos a la deriva, sueños oscuros, el pozo de la verdad, dolor de color azul, rebozos que comprometen, moldes rotos, bonos verdes, dualidades, cigarras y mariposas, una mujer que incendia calamares, ruidos que se sienten, árboles atrapados en máscaras, flores *bueledenoches*, sollozos de otra constelación, maderas finas, reconstrucciones, pérdidas que se quedan en el corazón, entre otras; que llevan a disfrutar una lectura sorpresiva.

Agradecemos a todas las mujeres que participan aquí, especialmente a Irene Ruvalcaba Ledesma y Sonia Ibarra Valdez de Líneas Negras: colectivo en pro de la literatura escrita por mujeres, esperando que quien lea este libro disfrute del excelente trabajo escritural puesto en libertad, y sirva de ejemplo para que otras se atrean a participar de este esfuerzo que promueve el empoderamiento de las mujeres por medio de la literatura y la escritura como herramientas artísticas liberadoras.

Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza
Secretaria de las Mujeres

Prólogo

Las escritoras que se congregan en este libro son mujeres creativas, apasionadas por la literatura, quienes, en su mayoría, comparten la convicción de que la escritura es una fuente inagotable de libertad. Creemos que cada línea de este texto es una posibilidad abierta para que más lectores tomen conciencia sobre el lugar que ocupan las mujeres en nuestra sociedad.

Y son nombres de mujeres es posible gracias al trabajo conjunto entre la Secretaría de las Mujeres y el colectivo Líneas Negras, quienes tienen un compromiso con las escritoras zacatecanas, y, en particular, están interesadas en promover y difundir sus creaciones literarias. Atendiendo a ello, uno de los propósitos es conocer y reconocer la labor que realizan las escritoras, pues, además de cumplir con ciertos roles sociales preasignados (como ser hijas, madres, esposas y/o amas de casa), dedican gran parte de su tiempo a la escritura.

Si bien es cierto que la mujer ha luchado por posicionarse en diversos ámbitos socioculturales, aún radican muchas acciones en nuestra sociedad que nos muestran lo contrario, por ejemplo, específicamente en el campo de la literatura, de todas las mujeres que escriben ¿cuántas de sus creaciones logran llegar a las y los lectores?

En Líneas Negras nos hemos percatado de que la literatura escrita por mujeres nos ofrece nuevas visiones de mundo. De esta manera, la lectura constante de obras realizadas por otras nos permite generar también líneas conductoras para nuevas producciones creativas.

Aquí se reúne solo una muestra de la literatura actual escrita por las zacatecanas: Itzel, María Dolores, Isabel, Luisa, Melissa, Selene, Teresa, Sara, Leticia, Fátima, Rebeca, Andrea, Laura, Brisa, Esther, Verónica,

Guadalupe, Claudia, Alba, Ana Valeria, Alma Rosa, Sonia, Fabiola, Hannia y Arlett, nombres que marcan un cambio, y por lo tanto, innovan y revolucionan el campo de la literatura. Por esto podemos afirmar que la escritura de las mujeres sigue creciendo.

En este libro se entretajan escritos que forman una obra integral y caleidoscópica, a la que podemos regresar, una y otra vez, siempre de forma distinta. Líneas Negras invita a elegir un nombre al azar y emprender una lectura atenta, abierta, sentida y honesta, más allá de los cánones establecidos.

**Fundadoras de Líneas Negras: Sonia Ibarra
Valdez e Irene Ruvalcaba Ledesma**

Isabel Rivera González (Jerez, Zacatecas, 1991) es licenciada en urbanismo, egresada de la Universidad de Guadalajara, donde actualmente cursa una maestría en Tecnologías de Información. Para Isabel, la escritura creativa es parte del desarrollo integral de un ser humano y es por tanto un eje transversal de su formación. Es matemática de clóset y caminante empedernida de los rincones más afables y las brechas más inhóspitas de la ciudad, sus pasos se han dedicado a medir el territorio: la montaña, el valle, la playa y algunos senderos sin destino.

Señor Blanco

En Camargo la Navidad huele a nieve y al ponche de frutas que prepara mi abuela, algunas veces también a galletas de jengibre recién horneadas, pero sobre todo a nieve, blanca, gélida, húmeda, silenciosa, suave. Cada año anhelaba la primera nevada para salir con papá a construir al Señor Blanco.

El Señor Blanco es un hombre de nieve que elaborábamos todos los años de mi infancia, y cada vez era más sofisticado. Un saco oscuro cubría su pálida y sensible piel; sus botines negros hacían juego con su sombrero de bombín, el cual lo protegía de las hostilidades del invierno. Por nariz tenía una zanahoria y sus ojos eran un par de monedas doradas, tan valiosas como la inflación lo permitía en el momento.

Pero en el 2003, a mis 16 años, ya no hubo más Navidad, no pude construir otro Señor Blanco con papá. En la primavera de este año entre cipreses y árboles sin flores, quedaron sepultados mis anhelos de Navidad, de beber ponche de frutas o comer galletas de jengibre y de hacer al Señor Blanco: entre la tierra húmeda e infértil

yacen los restos de mi padre. Sin primavera no habrá invierno y en Camargo no nevó por más de diez años.

Los árboles se deshojan en otoño. En los veranos la piel se tiñe color canela, muestra de la fortaleza del Sol. Tengo treinta años y después de un largo periodo de luto el invierno ha regresado.

Es Navidad y la nevada ha dejado nívea a la ciudad, salgo de la casa de la abuela, sé que ahora yo y mi soledad debemos construir al Señor Blanco. Le ponemos textos de Neruda para que disfrute la poesía; colocamos nobleza en su corazón y empatía; la nariz zanahoria no puede faltar, habrá que colocarla bien para que no se caiga con sus estruendosos estornudos. Le damos un inmarcesible amor por el café, y por las tendidas caminatas por la montaña, una pizca de ganas de pasear en bicicleta a lo largo de la ciudad y listo, el hombre de nieve que he esperado tantos años por fin está listo.

Ha sido uno de los mejores inviernos después de tantos años, he rodado en bicicleta y he caminado por la ciudad con el Señor Blanco; juntos compartimos risas entre tazas de café; y bajo las estrellas me ha contado los lunares, 283, nunca lo sabría de no ser por él.

Al final de cada invierno retorna la primavera, los copos de nieve son reemplazados por las flores de las gobernadoras que han comenzado a florecer. El Señor Blanco se despide entre la última gota que se escurre de mi mejilla: ya no distingo el deshielo de las lágrimas. Solo queda la promesa de volver cuando el frío invierno de Camargo esconda el calor del Sol.

María de los Dolores Saucedo Torres (Malpaso, Zacatecas, 1980) es licenciada en Letras, maestra en Filosofía y doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado “Quién es Adán y dónde está el paraíso” en el suplemento cultural *La Gualdra* y “La vida no tiene cura” en la revista *360* de la UAP-UAZ. Sus líneas de investigación giran en torno al estudio de la imagen; asimismo en diversiones públicas y patrimonio cultural. Desde hace 10 años es docente de la UAZ. Su encuentro con la literatura fue gracias a los cuentos que oía de su madre. Un día se apagó esa voz y entonces buscó consuelo, lo encontró en los libros.

Maestro rural

El mes de julio llegó y F. no digería el posible regreso, desde su arribo, el pueblo le causaba incomodidad. La lejanía, el silencio de cada noche, lo sonoro de las mañanas, la estrechez de la escuela y lo ancho de las calles causaron en él un sentimiento de rechazo y luego de repugnancia. Su vocación no era ser maestro y lo comprendió los primeros días. Se repetía para sí constantemente: —Las casas construidas por doquier sin ningún orden, puestas sin ningún sentido, ¡los pájaros tienen más entendimiento al colocar sus nidos!; los críos tan ruidosos y sucios, ¡no soy domador de animales!; la comida, ¿eso es comida?

Indudablemente pronto se ganó enemigos. La poca comunicación y leve empatía que logró hacer con los habitantes se evaporaron, no investigaba nada acerca del pueblo, ni le interesaba averiguar, hasta el día de su partida.

El viernes se sentía animado, se iba por fin, por primera vez, desde su estancia, sintió felicidad. Se levantó satisfecho, se mudó de ropa y de inmediato la guardó en su mochila dispuesta desde hace días. Salió del cuarto ubicado

dentro de la escuela y caminó en dirección a la casa de Don Chema. Tocó la puerta, no respondieron, tocó por segunda vez, entre tanto, dos voces intercambiaban susurros.

—Ya abre la puerta —dijo la mujer.

—Es el maestrillo —respondió Don Chema.

—Pero va a seguir dando lata, ya sabe que estamos aquí —contesta la mujer.

—Que toque otras dos veces y si quiere, si no que se vaya a molestar a otro lado —dijo de nuevo el hombre.

— ¿Cuál otro lado? Si viene pa' que le des un *rait* a la carretera a agarrar el camión y eres el único que tiene troca buena, dijo la señora.

— ¡Hasta que se larga! Maestrillo estirado y presumido, según él nadie lo merece —remató el viejo.

Por fin la puerta chirrió viéndose apenas un costado de la que abría. F. preguntó: — ¿Se encuentra... su esposo?

—Se llama José María, deje le hablo —dijo molesta la mujer.

A Don Chema no le quedó más remedio que salir, a continuación, la hipocresía fue la protagonista.

—Dígame maestro, ¿para qué soy bueno?

—Terminaron las clases y quiero irme a casa. Espero me pueda llevar a la carretera a tomar el camión. No sé dónde se para, nunca lo he usado. Cuando llegué aquí fue gracias a otro maestro, que se ofreció a traerme. Además, el camino es muy largo.

—Pues quisiera llevarlo, pero no puedo, mi troca se descompuso.

—Pero ayer servía, ¿no?

—Sí ayer, pero hoy en la mañana ya no quiso caminar.

—Don Chema, usted es el único que...

—Híjole, p'os no puedo, qué más quisiera... o puede esperar hasta que llegue Chon, el que sabe de mecánica, en una de esas la arregla, pero eso será hasta dentro de unos días.

—No, no puedo esperar.

—O solo que quiera irse caminando, si se va ahorita llega a buena hora. El camión se para en cualquier lugar de la carretera y dice Ballesteros, ese lo lleva, seguro.

— ¡Pero son casi cuarenta kilómetros!

— ¿O se espera ocho días?

La última pregunta no la resistió, dio las gracias y se fue. La alegría que lo consumía antes se apagó, aunque solo por un momento, pues le entusiasmaba dejar el pueblo, los alumnos, la comida, todo. —Que el viejo de Don Chema se quede con su “troca”, ¡se dice camioneta, viejo tonto! Mejor solo que venir acompañado de ese oloroso —pensó.

En efecto, el camino era largo y los rayos del sol se sentían como cuchillos. Después de horas andadas, el cansancio lo mortificaba, el peso de la mochila parecía un yunque pegado a su espalda. Los pies habían cedido, pensó descansar cobijado de una sombra ¿Cuál sombra? El cielo se hallaba azul sin ninguna mancha blanca y unas ramas se advertían en la lejanía. Se sentó a la orilla del camino, al ras del suelo, en una piedra a su parecer cómoda. Al momento sintió que se le quemaban las entrañas, la piedra era de fuego. Se levantó. Volvió a sentarse sin levantarse está vez, solo quería reposar. De inmediato sintió una dentellada en su brazo y escuchó un cascabel, corrió tanto como pudo, pronto se hincó a ver su brazo. —No fue grave —pensó. Mas era un pequeño consuelo, la realidad que quería creer. Las víboras de cascabel son mortales y aún estaba lejos para que alguien lo socorriera con el antídoto.

Comenzó a sudar, sentir hormigueo y un sabor metálico en la boca. Después arribaron mareos y un dolor

intenso. Su cabeza se quebraba al igual que su incesante corazón. Ansiaba agua, ansiaba sombra, ansiaba llegar a casa. Cerró los ojos para reposar, para olvidarse, al menos por un momento, del camino y el sol.

Recordó la escuela, las felicitaciones por graduarse, sobre todo recordó su casa, la comodidad y el amor que dijo sentir por la carrera. Se equivocó, tuvo que venir a un pueblo lejano para darse cuenta, pero ya iba a casa, tendría tiempo de enmendar su camino profesional.

Poco a poco el pasmo en el cuerpo se iba. Se sentó en el piso y extendió sus pies. Gracias a esa acción sintió que los malestares cedían, seguidamente experimentó frescura, no había dolor, la carne no le gritaba. Sus fuerzas se iban, pero se tranquilizó.

—Pronto pasará —fue lo último que dijo.

Mientras la espalda del maestro caía al piso, en el pueblo Don Chema gritaba a su mujer:

— ¡Ya vámonos, súbete a la troca!

—Oye, pensándolo bien, sí le hubieras dado *rait* al maestro. ¿Ya irá llegando a la ciudad? Pronunció la señora. Don Chema le respondió:

—No, hoy no pasa el camión.

Itzel Núñez (Zacatecas, Zacatecas, 1992) es amante de la música y de la poesía, licenciada en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue ganadora del concurso *Slam poético: canción popular y expresión cultural*, convocado por la Unidad Académica de Letras. Ha colaborado en diversos medios impresos: en el libro cartonero *El amor apesta a pies* (2014); fue participante en el primer número de la Revista Escolar del Liceo con *Otoño* (2018); en *La divina entraña* (2018), libro cartonero editado por Mejorana Cartonera y en Ediciones *Fragmento Celeste* coordinado por Juan Manuel García Jiménez. Actualmente se encuentra publicando en *La Leetrina de Ítaca*, blog en el que comparte espacio con diversos poetas nacionales e internacionales.

Estrellas

Genero piedras amargas.
Soy el vacío de mis ojos,
el miedo que por la oscuridad
sienten las estrellas.
Se dejan caer al fondo de la inexistencia
y gritan.
Gritan con luces que dejan estela.

Luisa V. Vera (Tepetongo, Zacatecas, 1970) siempre se ha interesado por la literatura, leer y escribir ahora son partes esenciales de su vida. Ha sido participante en diversos talleres literarios como los coordinados por los maestros Mauricio Moncada y Javier Acosta. Asimismo, ha sido asistente en otros talleres como en *Zacatecas, tierra de lectores* dirigido por Martín Solares. Cuenta con un poemario publicado que se llama *No para ti* (diciembre 2017).

Tenue Luz

Apenas oscurece en el poblado cuando Luz llega a casa de su hermana, se sienta en una de las dos sillas que se encuentran en el enorme y único dormitorio de aquella vivienda de adobes, iluminada apenas con velas y quinqués. La mujer que intenta descansar en la cama de al lado gime con dolor de vez en cuando, esforzándose en aparentar tranquilidad. El esposo de la parturienta toma sus cigarros y sale de la habitación con una especie de sonrisa entre los labios delgados y los enormes dientes, deja en buenas manos lo que él considera *un asunto de viejas*. Entra en ese momento la hermana menor, deja una infusión sobre la mesita y se despide de inmediato con la misma sonrisa nerviosa que hoy todos tienen, luego aclara que permanecerá en la cocina. Las señoritas no deben estar en un parto sino hasta después del alumbramiento. Minutos después se escucha el parloteo de la matrona que, a su llegada, causa un poco de algarabía, seguramente para cortar el nerviosismo que se respira en el momento. La mujer acomoda el abrigo y su maletita y de inmediato pone manos a la obra. El aroma del alcohol untado en sus manos inunda la habitación. Revisa. La apertura vaginal sigue siendo poca, pero con las primerizas nunca se sabe, piensa que es mejor estar pendiente.

La matrona prepara todo: bendice una ramita de albahaca y con un listón la ata al muslo de la mujer, como atará a la vida a la criatura en cuanto nazca, luego le da a beber, en una taza pequeñita de peltre, aceite de ricino para acelerar las contracciones. El bebé ya está en posición correcta.

El tiempo avanza y el parto se complica. La hermana soltera regresa con un manojo de perejil y nuevas velas que servirán para alumbrar un poco más, entreabre la puerta, apenas cabe su puño con los objetos, y se retira. La partera toma el manojo de hierbas, lo cura con vinagre y lo coloca sobre el monte de venus y alrededor de la vulva, recita quedo inmemoriales oraciones conocidas solo por ellas.

Ya no hay contracciones, el dolor es continuo, lo que hace que la hermana desvanezca por momentos, causando la angustia propia y ajena. El cansancio del hijo es evidente, debilitado a causa del esfuerzo ya casi no se mueve. El canal de parto ha dilatado, no lo suficiente. La partera, con agobio en su rostro, pide que le traigan más perejil, una buena cantidad para hacer una cataplasma y ponerla sobre la barriga, pero ya no hay. Luz recuerda que en su huerto crece en abundancia, aún en invierno y se ofrece para traerlo. Se enreda en el rebozo y sale de la habitación con la promesa de regresar con prontitud.

Mientras atraviesa el corredor se pierde entre la cuajada oscuridad de la medianoche decembrina, ignora que el niño nacería unos minutos después de su partida.

Una mano huesuda, enorme y con la aspereza de una lija, cubre la boca de Luz y un par de brazos la rodean por los hombros impidiendo su movilidad. El terror la invade del cuerpo y del alma sin poder defenderse. El hombre, hediondo a sudor añejo y tabaco, es demasiado alto para que la menuda figura de Luz pueda zafarse. La arrastra a través del gélido patio, entre plantas y macetas,

ríe. Sin dejar de dominarla, la tira con violencia en el suelo helado. Ella intenta escapar con todas sus fuerzas, al menos gritar, pero el golpe seco de una piedra en su nuca acalla por completo cualquier intento. Siente la tibieza de su propia sangre chorreando entre su cabello. El frío se ha vuelto tan despiadado que ya no puede ni temblar siquiera, lo único que puede ver, en el oscuro manto de la noche, es la luna que temblorosa se desdibuja en la cúpula celeste, siente que está más cerca que nunca, sabe que si alza la mano podría tocarla, si no estuviera tan dolorosamente fatigada.

En la más profunda oscuridad, el impasible rostro de Luz se refleja en el agua del arroyo.

Melissa Cerrillo (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es licenciada en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado reseñas, ensayos, cuentos y poemas en la *Agenda Cultural del Estado de Zacatecas*, en el suplemento cultural *Tachas*, y en las revistas electrónicas *Sorbo de Letras*, *Digo.Palabra.txt*, *ERRR Magazine*, *Voicemail Poems* y *Broken English*. Creó y organizó el open mic Léeme uno de tus tuits, y el ya extinto podcast *Mango Green Tea*. Comparte cumpleaños con Georges Bataille.

“Estás densa, mujer”: creo que he cambiado molecularmente o sobre la *liberté*

En mi mente grito “*liberté ce soir!*” y sigue lo mismo de siempre: soy joven, siento que la vida se me escapa, no tengo nada que perder y hoy es la noche más larga desde que la tierra comenzó a girar.

Tengo impulsos egoístas y esta noche me siento con el ímpetu de alguien que puede ir por la vida mostrando los senos desnudos mientras dice que si la felicidad debe ser condicionada que sea por obra de la naturaleza y no por obra y acción de algún ser humano. Pero aquí estoy, alucinando que suena el celular, que de repente hay un pequeño destello rojo en el Blackberry y que tú me buscas. Hoy mi libertad emocional está condicionada y no me siento feliz. Me siento subordinada.

Prácticamente me estoy autoflagelando al aceptar tu existencia como un hecho trascendente y trato de recuperar un *noséqué* (¿principios inventados para calmar mi orgullo?) escuchando canciones interpretadas por mujeres con crisis emocionales, porque hoy sí se trata sobre el género femenino: orgasmos clitorianos, cortes de cabello, ropa que le vaya bien a las caderas y una felicidad regida por un principio de hedonismo.

Me consuelo y en mi mente grito como un personaje de Fellini “¡merezo ser amada hasta los setenta!” y no solo yo, sino todas, y no solo hasta los setenta, sino todavía más. Y creo que soy un ser libre que quiere y es querido y que las etiquetas entre nosotros no importan porque solo se trata de hedonismo: tú y yo en una habitación que es el mundo, el universo, solo con el conocimiento pleno de que nos queremos. ¡Bam! la confianza restaurada.

Si las cosas son tan simples, y todo se reduce a la búsqueda egoísta del placer individual, entonces ¿por qué en esta noche (la más larga desde que la tierra comenzó a girar) me he estado mortificando?, ¿por qué de repente creo que tú puedes amenazar mi libertad mas no mi felicidad? y lo más importante ¿cómo afrontarlo?

En otros tiempos me hubiera parecido muy fácil ignorar el descontrol de mis sentimientos, me hubiera reprimido hasta el cansancio porque me gustaba pensar en mi libertad emocional como algo que se podía alcanzar (ahora ya no lo sé), pero existen otros factores, existen mis hormonas, mis sonrojos y la imposibilidad de controlarlos frente a tí, incluso mis moléculas han cambiado por tí. Existe el hecho de que todo parece sencillo cuando veo personas tomadas de la mano. Parece fácil estar acompañado. ¿Qué tan difícil ha de ser actuar como ellos? ¿qué tan difícil ha de ser sentirse como ellos?

Esto no es sobre soledad o no soledad, es sobre cómo la existencia misma se siente tan simple cuando hay un destello rojo en el Blackberry y sé que alguien (no alguien aleatorio, sino tú) me busca. Es sobre cómo he cambiado en los últimos meses y sobre cómo no me incomodaría del todo hacer pequeños sacrificios: saludarte de beso y despedirte con un “vete con cuidado”, poner atención a tus historias y tomarte de la mano al cruzar las calles.

Es sobre cómo soy (o creo ser) libre al aceptar la subordinación de mis sentimientos provocada por ti. Es sobre cómo podemos estar (no necesariamente juntos) en una habitación que es el mundo, el universo, solo con el conocimiento pleno de que nos queremos en esta noche que es la más larga desde que la tierra comenzó a girar.

21 de diciembre de 2014

Tere Burgos (Guadalupe, Zacatecas) se dedica a la docencia a nivel preparatoria y actualmente estudia la Maestría en Educación y Desarrollo Profesional Docente en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Interesada por la inclusión, siempre ha trabajado en pro de los grupos vulnerables. Lectora ávida de narrativa y escritora de historias de vida. Hoy en día participa en el Taller de Letras de Líneas Negras.

Hace veinte días

Nunca imaginé que el mes pasado cambiaría todo lo que yo consideraba como mi vida.

Ese concierto de rock era uno más al que asistiría. Yo supe de antemano que me acompañarían mis mejores amigos, aquellos que nunca me dejan sola cuando yo se los pido. Primero nos compramos unas cervezas para entrar en ambiente, luego, entre todos, sacamos dinero para comprar una botella. Ya cuando llegamos a la bodega, nos topamos con que ya estaba tocando el grupo en el que toca un amigo. Cantamos, bailamos y, claro, seguimos tomando. No supe cuándo las bandas dejaron de tocar, pero continuamos la fiesta en la casa del amigo de un amigo, la verdad no lo recuerdo con exactitud. Durante la tarde del siguiente día continuamos tomando y fuimos a visitar a otro amigo quien nos invitó a un baile. ¿Un baile?! Yo no tenía ganas de ir, pero todos me dijeron que los acompañara y así lo hice.

Nos subimos todos en una camioneta que nos dio un aventón. Como me iba dando el aire comenzó a dolerme la cabeza, uno de ellos me dijo que con otra cubita se me quitaba; total, cuando llegamos al baile, ya me sentía mucho mejor. No me separé en ningún momento de ellos, a pesar de que un conocido me pedía insistentemente que

bailara con él. Para no ser mala onda acepté, y como entré en calor también me tomé una cerveza con él. Aparte de eso no recuerdo nada. Amanecí en la casa de alguien, acostada en el piso al lado de todos mis amigos. Ya nadie traía dinero, así que nos fuimos a nuestras respectivas casas.

A las dos semanas de eso comencé a sentirme muy mal, todo me daba asco y tenía mucho sueño todo el tiempo. Claro que nunca pensé nada hasta que comencé a hacer cuentas. ¡Tenía dos semanas de retraso! No podía decirle nada a mi mamá ni a nadie, pensaba y lloraba, recordaba y lloraba, me culpaba y volvía a llorar. ¿Qué iba a hacer?

Con el dinero que me dio mi mamá para pagar la prepa, fui a comprar una prueba de embarazo. Me quedé totalmente paralizada cuando vi que decía "positivo". ¿Qué había hecho mal? Junté a mis amigos y uno a uno les comencé a preguntar qué había pasado aquel fin de semana de peda. Todos me dijeron que yo estaba bien hasta que salí a "bailar" con el amigo de un primo de otro amigo. Que cuando me tomé la cerveza, me puse como loca y que por más que ellos me decían que ya nos fuéramos no les hice caso. Que después, ya cuando acabó el baile, llegué toda despeinada y sucia, y fue cuando nos fuimos todos juntos a dormir a la casa de un conocido.

Me tomó todo un día decidirme a ir a buscar a ese "amigo", después de todo ya lo conocía de vista. Vive en la misma colonia donde yo vivo y hasta resultó que su mamá es conocida de mi mamá. Andaba un poco tomado, cosa que me molestó demasiado, pero realmente necesitaba saber qué fue lo que pasó y así comenzó mi interrogatorio. Conforme él me explicaba, la furia se fue transformando en desesperación y desesperanza. Me dijo que había puesto una "pastillita milagrosa" en mi cerveza y mis lágrimas comenzaron a brotar sin medida. Así, sin más, me explicó cómo me llevó a un cuarto, me puso sobre el suelo frío, me

abrió las piernas. Fue mi primera vez y no me di cuenta de nada. Me dijo que yo tampoco me negué y que era algo que él ya había planeado desde hace mucho tiempo, que solo estaba esperando el mejor momento.

Tenía exactamente un mes que le había pedido tiempo a mi novio. Ya teníamos dos años saliendo juntos, pero sentía que no me comprendía como yo quería. Pensaba que todo se había vuelto monótono y por lo mismo le dije que me dejara pensar sobre nosotros. ¿Cómo se lo explicaría?

Le platiqué todo a la maestra a quien le tengo más confianza en la escuela. Ella me aconsejó que lo demandara por violación pues él tiene 21 y yo 16 años. Le dije que mi idea era seguir estudiando, pero que no me decidía. A lo que ella me dijo que estaba en total derecho sobre mi cuerpo, que me apoyaría.

Hace tres días no estaba pensando en esto, pero después de hablarlo con mi mamá, ya que no podía ocultárselo más. Voy a dejar de estudiar solo por un año. Voy a tener a mi bebé porque mi mamá me va a ayudar con él. Después regresaré a estudiar. El padre de mi bebé me confesó que siempre que me veía caminando por la calle, quería que yo fuera su novia. Que nada más estaba esperando a que dejara a mi novio para que yo estuviera libre. Que por mí va a dejar de tomar y hasta se va a poner a trabajar. Mi suegra dice que también me va a ayudar a cuidar al bebé y que nos va a dar el cuarto que antes era de su hija que ya está casada.

No me imagino qué se siente dormir con alguien más. Cuando veo al que será el padre de mi hijo veo a un desconocido. Lo veo y se mezcla el odio con la convicción del perdón. No lo quiero. Aunque mi mamá y mi suegra se pusieron de acuerdo y quedaron que cuando yo cumpla los 18 años nos van a casar y será una boda en grande.

No estoy segura de lo que pasará de hoy en adelante, pero de lo que sí estoy convencida es que hoy hace veinte días cambió mi vida para siempre.

María Fernanda Benítez Banegas (Guadalupe, Zacatecas, 2000) actualmente cursa el último año de preparatoria en el Instituto Miguel Agustín Pro. Su fascinación por la lectura y la escritura inicia desde secundaria, sin embargo, fue hasta preparatoria donde empezó a escribir en un grupo literario llamado “Búhos”. Obtuvo el segundo lugar en el concurso de Cuento Corto de género fantástico de la Felej en 2018 y el tercer lugar en el Premio Estatal de Ensayo 2017, culturas populares y artesanías. Publicó un artículo en la revista *Zacatecas Artesanal* y un ensayo en el cuadernillo *Diálogos por la igualdad, una mirada joven al principio de equidad entre géneros*.

Par de lentes

Vitales para mí
me ayudan a seguir,
sin ellos
no puedo ni salir.

Más que un accesorio,
me hacen feliz
me aceptan como soy
se adaptan a mí.

Despierta me dejan
incómoda para variar
sin embargo,
no me los pienso quitar.

Todo se ve mejor
a dónde sea que voy
pero si faltan

sin dirección estoy.

Miles de armazones,
demasiadas las formas;
con estos me quedé.
No cabe duda
de un par de lentes,
me enamoré.

Elsa Leticia García Argüelles (Xalapa, Veracruz) reside en Zacatecas desde hace 14 años, es profesora e investigadora en el Doctorado en Estudios Novohispanos y en la Maestría en Literatura Hispanoamericana, ambos programas de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Sus Investigaciones han privilegiado el estudio de la literatura mexicana y latinoamericana contemporánea, con énfasis en literatura femenina, literatura chicana, migración, estudios de las identidades y las corporalidades, así como la relación entre la historia y la ficción. Ha sido organizadora y ponente en varios congresos nacionales e internacionales y ha realizado estancias de investigación en Estados Unidos, España y Brasil. Entre sus múltiples publicaciones, individuales y colectivas, destacan los libros: *Mujeres Cruzando Fronteras. Estudio sobre literatura chicana femenina* (2010), *Las seducciones literarias en la literatura femenina en América* (2014), y es coordinadora de *Palabra viva. Ensayos de crítica literaria en torno a María Luisa Puga* (2016).

La barca y la neblina

Vivo al otro lado del puente. Sueño y me vuelvo concreto, casi trece largos kilómetros entre Niterói y Río de Janeiro. Alzo mi cuerpo para que los barcos pasen debajo de mi torso. Permito el silencio del mar, el ruido de los autos, la enormidad de los navíos. Lo que de verdad importa es el movimiento del mar, que es otoño, y no puedo detenerme. Sigo el camino para llegar a tiempo, con la certeza que del otro lado alguien me espera.

La barca hace unos treinta minutos para cruzar la bahía de Guanabara, una herradura con pequeñas islas. Siempre hay algo diferente que mirar, como los aviones que dan la vuelta para aterrizar en el aeropuerto internacional de Río de Janeiro. Vuelan tan bajo, parece que los puedo

tocar con las manos. Sueño un viaje, sueño unas manos dibujando el aire. Lento, viajo flotando sobre el mar, imagino un sueño sin nombre, a la deriva.

Elijo una novela que me reitera las ausencias. Al llegar a la estación de las barcas la gente se agrupa y, casi sin darme cuenta, una multitud se ha reunido. En cualquier instante se escuchará el ruido del barco que se acomoda para quedar junto al muelle, justo en ese momento podemos subir. Al comprar el pase para abordar mi mano suelta el pequeño boleto en la ranura, solo entonces puedo pasar. Una reja de fierro divide la estación de las barcas y calladamente una mano la desliza. Me distraigo mirando otros rostros, otros brazos, caderas, cuerpos cercanos a mí.

Las barcas van y vienen entre Río y Niterói todo el día. Alguien cierra la reja de fierro y nadie puede pasar. La ciudad se va quedando pequeña, se aleja de mí. El barco ya ha dado la vuelta y ahora estoy frente a Río de Janeiro. Hay demasiada neblina, a veces amanece así y después se va disipando. Este viaje es diferente, después de casi una hora empezamos a preguntarnos por qué no encallamos. Guardo mis manos para después dentro de mis bolsillos. No hace frío, pero igual me siento perdida.

Las horas de espera me hacen recordar un encierro. El tiempo se fragmenta y todo parece indicar que nos hemos detenido por completo. El mar es una imagen extraña clavada en una pared, un continuo color azul que no cesa. La mirada se pierde en el mar sin horizonte, sin nadie. Espero ver la ciudad de Río y nada, solo la neblina y una sensación abrasadora del barco a la deriva.

Suavemente deslizo una mano sobre la otra y las llevo al rostro. El aire es un poco más fresco por las mañanas. No hay esfuerzo físico, sigo sentada esperando que algo suceda. Mis ojos ya no logran ver el color del mar a causa de la densa neblina. Me alejo. Me ausento. Me voy detrás de mis recuerdos. El corto espacio, la línea recta

visible desde el otro lado desapareció. Lo breve se ha vuelto inconmensurable y parece que todo se ha reducido a una sensación de vacío, como si el miedo y el deseo juntos se instalaran en mi cuerpo.

La neblina ha borrado las fronteras. En algún momento este viaje acabará en un punto impreciso, no demasiado lejano. Detengo mi cuerpo en la baranda y lo único que escucho es el golpeteo del agua. Los límites del mar son amorfos, de arena y agua que se borran de forma constante. En ellos, todo fluye sin obstáculos. El golpeteo del viento escarba en mis oídos. Estamos perdidos entre Niterói y Río de Janeiro. El sonido hueco ha empezado a ser agradable y absurdo. Han pasado más de tres horas en medio del mar.

El mar es una imagen fija en un cuadro, un paisaje donde las barcas de pescadores aparentan un movimiento en calma. Cierro los ojos, no hay nadie. Me pregunto si acaso tiene algún sentido mi nombre. Me transformo en silencio mientras habito un mar a la deriva.

La barca apenas aterriza en Río de Janeiro, volamos por encima del mar. Alguien debería estar esperando del otro lado del puente, del otro lado del mar. La neblina finalmente empieza a levantar su mirada con la luz del día.

Selene Salas Sánchez (Zacatecas, Zacatecas, 1977) es licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Zacatecas y maestra en Procesos de Desarrollo Humano por el Instituto de Investigación PRODEHUM.

Tiene una experiencia de más de 22 años en el terreno de la docencia. Ha impartido diversos cursos en empresas e instituciones educativas públicas y privadas. Ha coordinado distintos talleres con el objetivo de resarcir el tejido social en diversas comunidades. Facilitadora en procesos de desarrollo humano y coordinadora de distintos proyectos educativos, culturales y académicos. Speaker de TEDx Arroyo de la plata. Ha publicado relatos y ensayos en diversas revistas y suplementos del estado y actualmente preside la fundación *Más Lectura, un Mundo Mejor*. Productora y locutora de radio.

Nocturna

Lo primero que hice al nacer
fue mirar un cielo hecho de luces
la primera sonrisa de mi vida
fue para un médico
que me trajo de la sombra

yo soñaba en un vientre líquido
nadaba en sueños sin goteras

Mujer del silencio
de la noche
la mujer de todas las palabras
de todos los lamentos
la que oculta los anhelos
con las palmas de las manos
esgrimiendo las sonrisas más dolidas

la mujer que sueña
y llora por las mañanas
oscura y sola
que hace retumbar
el recuerdo sobre la almohada

las ilusiones
agotadas
el deseo del mar
y de las olas efímeras

he visto el reflejo de la mujer del viento
la que lucha sin parar
rozando por instantes
las diferentes formas de amar

invisible

se muestra callada

como ave

como todos los deseos

que buscan hallarse
en la luna nueva
en los ojos que la miran
más allá del agua
que queda por destilar

es la mujer de la tierra y del cielo
de los hijos y hermanos
que baila sin parar

emergiendo del lodo más profundo
de la negra noche
de los días de muerte
de los cantos ausentes
de la tristeza más profunda
mariposa de frágiles olas
de decisiones fuertes
de colores brillantes
y transformaciones constantes
entumecida
resguardada entre nubes opacas
entre cielos oscuros
lánguida
amorfa

poco menos que una sombra
con el corazón que retumba
con sueños oscuros
y alegrías inciertas

el brillo de las estrellas
es el fulgor de la desilusión otra vez la tarde
otra vez el día
horas inertes
donde solloza la melancolía
retumban los sonidos del ayer
reclinados en la puerta del dolor
apagando el latido del corazón.

Sara Andrade (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es egresada de la Licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Interesada en la escritura desde muy joven, ha participado en diversos concursos, cursos y diplomados literarios. Ganó el Concurso Nacional de Expresión Literaria "La Juventud y la Mar" en el año 2010, representando al estado de Zacatecas. Colaboró en varias ocasiones en la revista online "Es lo cotidiano", en el suplemento cultural *Tachas*. Fue dos veces beneficiaria del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico de Zacatecas en el área de literatura, en la especialidad de cuento. Escribió *Orquídea de supermercado* y lo publicó bajo este programa. Escribe también en su blog personal *sputnikan.com* y sus principales intereses son los santos medievales, las montañas y Star Trek.

La boca de la bruja, el pozo de la verdad

*Un pequeño camino no hecho para hombres,
disponible para el ojo,
accesible al andar de una abeja,
o a la carreta de una mariposa.*

Emily Dickinson

0 *Le mat*

Para leer las cartas no se necesita mucho: una baraja de tarot curada, las manos, los ojos del adivino. Luego, una pregunta que busca ser respondida. La hermana de mi abuela, dicen, era bruja y, entre otras habilidades (siendo la más sorprendente la de convertirse en cuervo para visitar a sus sobrinos), leía la suerte de todo aquel que se atreviera a escuchar la verdad y le pagara 200 pesos y una cajetilla de cigarrillos. Mi tía abuela vivía sola en una casa de dos cuartos (uno exclusivamente dedicado a San Judas Tadeo, con pinturas, calendarios y figuras de tamaño real; el otro,

donde ella dormía, dedicado a la Santa Muerte) y siempre olía a cenizas y a incienso y tenía las manos nudosas y reseca. Cuando murió, mientras la velábamos, dos gatos se durmieron debajo de su caja.

II

En el cuadro *La Verdad sale de su Pozo para avergonzar a la Humanidad* de Jean-León Gérôme, terminado en 1896, se representa a una mujer desnuda y morena, gritando con un *flagrum* romano en la mano, que sale de un pozo, oscuro y húmedo, furiosa. La Verdad alegórica del academicismo francés de finales del siglo XIX vive en el fondo de un pozo y adquiere la forma de mujer que grita. Es una pintura muy singular: pocas pinturas femeninas son representadas en movimiento o, como *La Verdad* de Gérôme, con la boca abierta. Pienso en la Gioconda: boca cerrada en la que ni siquiera se adivina una sonrisa. Pienso en la mujer Sabina, con los brazos abiertos, inmóvil, intentando detener a los romanos que raptan a su pueblo. También en las miles de vírgenes cubiertas y que se yerguen en poses estudiadas. O en las mujeres desnudas de la corriente orientalista: lo único que cubren, provocativamente, son sus labios.

El silencio es femenino, pensaríamos. La mujer callada, prudente, que carraspea en un pañuelo antes de recordarles a sus invitados que la cena está servida. La mujer calla y acepta. No tiene derecho al voto en la Grecia Antigua ni permiso de representar un papel dramático en el teatro jacobino. La verdad saldrá, sin embargo, para avergonzar a la Humanidad.

III

La locura y la brujería siempre se ha relacionado con la voz femenina en público: la historia de Freud, el martillo silenciador de la terapia psicoanalítica. Consideremos la cantidad de figuras femeninas en las mitologías alrededor del mundo que son temidas o vilipendiadas por utilizar su voz: el grito de la Gorgona o de la banshee que anuncia la muerte, el canto mortal y enloquecedor de las sirenas, las palabras de Casandra, condenadas a interpretarse como falsas e innecesarias; Kali, la cara destructora de la trinidad hindú, que se le representa con la lengua de fuera y la piel negra. Eco, la ninfa que amaba su propia voz, es descrita por Sófocles como la "mujer sin puerta en la boca": su castigo es bien conocido. Así como es conocida la asociación ideológica del sonido de mujer con el desorden, la monstruosidad y la muerte.

En el siglo XXI, las mujeres sin puertas en la boca nos hablan desde la pantalla: las cantantes de voces estridentes, movimientos cadenciosos y melenas salvajes que son consideradas vulgares por los más políticamente correctos o irrelevantes por los menos enterados. Me recuerdan más a la Ishtar babilónica (la Gran Puta del Apocalipsis) despojada de sus atributos divinos del sexo y la fecundación, para transformarla en una virgen que no es dueña de su cuerpo ("*Que así sea tu voluntad*"). ¿Nadie más ha pensado en la similitud que existe entre Miley Cyrus y la diosa Kali? La historia, si la dejamos, se repite.

0 *Le mat*

Mi hermana volteo las cartas del tarot. La verdad al alcance de un movimiento de muñeca. Gato de Schrödinger esotérico. Ella me dijo que había soñado que un cuervo de alas negras le decía que la verdad era una puerta. La carta que acaba de tirar es el tres de bastos: la carta del camino

abierto. La Verdad (no la furiosa; quizá la enamorada) espera al otro lado.

IV

La cartomancia, pensaríamos, es un arte desarrollado exclusivamente por hombres: la primera baraja de Tarot (anteriormente llamada *tarocchi*; baraja de cartas de juegos creada hacia el siglo XV, exclusivamente para la familia milanesa Visconti) utilizada para la adivinación fue ideada por un masón francés, creyente todavía de las doctrinas herméticas renacentistas y del supuesto misticismo egipcio que invadía a media Europa a finales del siglo XVIII. El Tarot de Marsella es todavía utilizado por miles de adivinos alrededor del mundo. Luego vino la baraja de Paul Christians, la de Oswald Wirth, la de Waite (la versión que utiliza mi hermana; 600 pesos en la librería local), la del excéntrico Aleister Crowley, que dibujó la suya con tintes satánicos. Los más recientes tratados *micca* están escritos por hombres (como el famoso entre las adolescentes recién iniciadas, *Guía para la bruja solitaria*, de Scott Cunningham), que poseen altos cargos en los aquelarres modernos. A Walter Mercado, glorioso adivino, lo recordamos con gracia y ánimo. La Puerta es de ellos.

Pero la bruja sigue siendo la única que usa las cartas para hablar. La Bruja milenaria, la de la nariz grotesca y manos reseca, la bruja de los mil collares, la de las pócimas de ancas de rana y colas de gato, la bruja adivina y gitana que lee las cartas en casas rodantes y que se come a los niños, que copula con el Diablo, que no tiene alma, que se burla del Dios Padre y desdeña la paz y el decoro y el silencio. La mujer sigue siendo esa bruja monstruosa. Sigue siendo la única que usa las cartas para hablar. Invalidada, acallada. Mientras el ocultista es temido y venerado, la bruja se transforma en el elemento *kitch* del imaginario occidental utilizado para las decoraciones de Halloween.

V

Pero también esto es sobre el miedo irracional a una mujer sola, una criatura terrible, patética, peligrosa incluso, es el de una mujer no realizada: una mujer que no formó una familia, que decidió que su deseo era más importante que su rol de progenitora. Quizá ella está en total control de su cuerpo (y tiene más de una pareja sexual!), quizá incluso practica la hechicería y tal vez su único acompañante es el Demonio. La mujer solo está a salvo cuando es niña y, aun así, la sociedad patriarcal está convencida de que algo espeluznante pasa con las chicas; que, llegadas a cierta edad, pierden su dulce inocencia y comienzan a estar en contacto con algo prohibido y de gran alcance. Las niñas son azúcar y especias, pero las mujeres son escalofrantes. Y el momento en que una niña se convierte en una mujer (la llegada de la menstruación; tema de debate medieval, cuando se creía que la sangre era semen mal fabricado) es el momento en que más miedo da.

Porque la mujer sola está sola también cuando se acompaña de mujeres. Su comunión y amistad con otras (los famosos aquelarres de brujas) es considerado una amenaza en contra de todo lo que es bueno: las mujeres, y más si están todas juntas (me acuerdo del libro de *Las Brujas* de Roal Dahl), carecen completamente de la *sofrosina* griega, la *sobrietas* romana. Porque una mujer, apoyada por otras mujeres, es poderosa. Hay poder en la soledad de una bruja, pero docenas de voces prometen ensordecer e instruir. Prometen iniciar.

0 *Le mat*

Es la Luna Azul y tenemos miedo. Mi hermana, aprendiz indirecta de una línea de brujas en la familia, me dice que va a cargar agua con luz de luna y que va a quemar romero y laurel para curar su todavía reluciente baraja de tarot White. Las únicas luces que se permiten en este ritual son las de

vela y la luz azulada de la Luna. El olor dulzón de la humedad y el del incienso de musgo blanco llena toda su habitación (tiene pegadas en la pared una foto de Sofia Coppola, de Alfonso Cuarón y de nuestro perro; estas son nuestras brujas modernas) y me pregunta, súbitamente muy seria, que si tengo yo una pregunta para las cartas.

Lo único que se me viene a la mente es: *¿En las cartas hay puertas?*

Entre las dos buscamos, pero entre arcanos mayores y menores no hay ningún arco ni cerradura.

VI

Cuando acompañaba a mi abuela a Sombrerete a dejarle flores a las tumbas de los familiares sin nombre yo siempre era la más pequeña del grupo y, por lo tanto, la más dispensable. Las camas eran pocas e, inevitablemente, tenía que quedarme en el cuarto de San Judas Tadeo. Miles de ojos de santo (estas son nuestras brujas de antaño) te miraban en la oscuridad y dormir era una empresa más difícil que la de convertirse en cuervo. El resultado era que amanecía "espantada" y la única cura para el espanto nocturno, según mi tía abuela y su perpetuo cigarro pegado a los labios, era el de pasarse una rama de pirul y un huevo por el cuerpo.

La ciencia exacta de las hierbas, aceites, raíces y efusiones siempre se me escapó. La preciosa medicina de las abuelas (y tan parecidas las abuelas son a las brujas) despreciada por las corporaciones Xanax® y Valium®: el hilito rojo mojado de saliva en las narices de los niños con hipo, los morralitos de tela roja que guardaban oraciones y amuletos y que había que guardar cerca del corazón todo el tiempo, la escoba detrás de la puerta, los tés de ruda, epazote, siete azares y manzanilla para curar todo padecimiento que el cuerpo pueda tener, el aceite de cocina

o una tortilla caliente en el estómago para remediar los retortijones. La ciencia de las mujeres solas, tan parecidas a las brujas luego de pasarse tres horas frente a las cazuelas de comida caliente: la medicina para los espíritus humanos.

¡Y son mujeres que gritan! Las abuelas que declaman todo el árbol genealógico porque se les ha olvidado el nombre del integrante más pequeño. Las risas mordaces de las tías que se han tomado más de dos vasitos de rompopo. El grito de las madres, imperecedero, atronador, de que metas la ropa que se moja con la lluvia. *Mujeres sin Puertas en la Boca*. Todas las mujeres, al fondo del pozo que las compone, son brujas.

X La Grande Prêtresse

Mi hermana me responde, por fin:

La Puerta es la boca de la bruja.

Y solo ella abre el Pozo de la Verdad.

Fátima Chávez Concha (Zacatecas, Zacatecas, 1986) empezó a escribir desde los 12 años y participó en concursos de creación literaria a nivel secundaria dentro del sistema de Educación Pública del Estado. Es licenciada en Administración de Empresas y maestra en Ingeniería de Procesos de Calidad, enfocada a las finanzas, se dedica a analizar números y escribir historias.

Su primera publicación fue en 2018, en la *Antología Nacional de Poesía y Cuento Breve de la Muerte, Morí mil veces, volumen 1*, con el cuento “Una noche especial” (Cartonera La Cecilia/Mejorana Editorial).

De noches y de monstruos

¿Quién, de pequeño, no tuvo miedo a los monstruos? Aquellos que podían aparecerse a la mitad de la noche deslizándose bajo tu cama, afilando los colmillos, jugando con las sombras, sonriendo, escondidos detrás de la puerta del clóset. Los veíamos en tantos lugares. En un montón de ropa apilada en la silla, en esa chamarra que colgaba del perchero, incluso detrás de las cortinas o en el sillón junto a la ventana.

Ahora, con el paso del tiempo, nuestras noches se plagaron, otra vez, de monstruos, o tal vez, nunca se fueron, pero ahora no puedes dormir porque piensas en presiones, en pagos, impuestos, compromisos, en tu pareja, o la falta de ella.

Mis monstruos crecieron conmigo, los alimenté y los cuidé. Pocos han llegado por casualidad, o sin siquiera pedirlos. Pero tengo uno favorito, el cual siempre ha estado conmigo, a veces llega a desaparecer por meses, pero regresa con más fuerza, lo escucho susurrándome al oído en cada decisión difícil, lo siento brincar en mi cama

durante esas noches de tormenta y soledad, lo huelo en las sábanas de sexo vacío en un motel.

Recuerdo cuando lo conocí, fue una mañana que algunos de mis compañeros en el jardín de infantes no quisieron jugar conmigo, entonces se sentó a mi lado y con una mirada comprendí que había llegado ahí para quedarse.

Conforme fuimos creciendo cada día nos entendíamos más, aunque en la adolescencia me gustaba negar su existencia, y mientras más lo negaba, más se anclaba en mi espalda clavando sus uñas, dejando marcas, cicatrices y debilidades. Yo lo alimentaba y lo hacía fuerte cada vez que decidía no tomar un riesgo por mí, cada vez que actuaba como se esperaba, aunque no fuera lo que yo deseaba.

Uno piensa que al llegar a la adultez todo habrá cambiado, pero no, simplemente aprendes a convivir con tus monstruos, a alimentarlos de vez en cuando, porque finalmente es lo que te convierte en un ser humano. Una de las mejores decisiones que pude tomar como adulto es pasar tiempo con personas que calmaban mis monstruos, jugaban con ellos y los dejaban debilitados. Esas personas son pocas, pero aprendieron a quererme hasta con eso que escondía debajo de mi cama.

Al principio, mi monstruo no lo tomaba muy bien, hacía desplantes y quería tomar el control de las decisiones, revolvía cada idea en mi mente y trataba de limitar la visión y alcance que tenía de mi propia vida. Pero pelear con él solo me habría traído mayor confusión y problemas. Entendimos que era una nueva etapa, que, si se quería quedar, podía hacerlo, porque también me ayuda, pero no podíamos continuar sin reglas.

Hemos aprendido a coexistir, nos dimos cuenta de que las mejores personas nos conocen a los dos, que no necesita esconderse en el clóset o detrás de la silla con ropa en mi habitación, ha aprendido a decirme cuando alguien

en mi vida le da más alimento del que necesita, cuando le ayudan a afilar sus colmillos, porque a final de cuentas si no nos cuidamos el uno al otro, no podríamos sobrevivir.

Supongo que a final de cuentas cada uno somos nuestro propio monstruo.

Rebeca Vargas Tovar (Zacatecas, Zacatecas, 1992) es licenciada en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ). Profesora del idioma náhuatl en el Programa de Extensión Universitario de Lenguas en la UAZ. Integrante del taller de Creación y Crítica Literaria de la misma universidad, coordinado por Juan José Macías. Dentro del marco de las actividades del Programa Creadores en los Estados por el Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde, participó en el taller “*Francisco Tario, Juan Rulfo y Fernando del Paso: lectura y escritura*”, impartido por el maestro Alejandro Toledo.

Hueyi atl

Papá me soltó frente al mar, lo que hice fue seguir las casitas redondas de los cangrejos. Y en el camino junté las piedras que son un tesoro de colores.

Esa agua que no conocía, me pareció haberla visto en otro lugar. Tal vez en los algodones, en el arcoíris o en el cielo.

Intenté comprender a ese monstruo por las noches, sus arpías y sirenas bailaban en mi cabeza, lo que se convirtió en una danza que me torturó.

Papá no volvió por mí. Me dejó con estrellas en el corazón, arena en mis puños y mucho dolor de color azul.

Cihuamichin

Afortunada mujer, por vivir en la infinidad la lujuria se asocia a ti. Ahí las voces de recelo murmullan por igual.

Un arquetipo del sueño marino de machos y hembras, tu voz y cabello juegan la ola de seducción.

Las huellas húmedas que dejas conducen al balanceo de caderas vibratorias; quien encuentre tu cara en la luna conocerá el placer.

Vives en la profundidad de lo prohibido noche y día.

Tu asperidad guarda los besos de cada ladrón quien imagina tenerte, marchándose con la silueta fugaz y escurrida de tu presencia. Reina de la provocación en medio de la tempestad, mapa de los truhanes y pura por el exceso de vital.

Deja que te nombren mito, sábette que las diosas no siempre se pueden tocar.

Tu amigo el caballo dice: no llores querida mía, cántame.

Andrea Jiménez Montalvo (Zacatecas, Zacatecas, 1994) es egresada de la Licenciatura en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha participado en diversos congresos de literatura, siempre en la rama de creación literaria. Ha presentado sus cuentos en diversos estados de la república mexicana como Veracruz, Yucatán y Estado de México. Asimismo, ha publicado en el suplemento cultural *Crítica* del diario NTR y en *Efecto Antabus*, una revista de Mérida. Actualmente es integrante del Taller de Letras de Líneas Negras.

El grito de Socorro

—*Tú dices que ella no fue.*

—*No pudo haber sido, al menos no como yo la recuerdo.*

—*Esos boyos y toda la sangre daban ascos.*

—*Tan bonita que era Coquito.*

—*¿No la viste como quedó?*

—*No, no quise. No pude. Doña Cleo me habló pa' ayudarle con el cuerpito, no fui, le dije que mi yegua estaba de parto. La merita verda' es que no quería manchar el recuerdo que tengo de ella.*

—*P'os yo sí la vi. Terminé devolviendo el estómago. El olor a sangre y excremento me dio vagido, además de toda esa carne mutilada que olía a chamuscado.*

—*¡Cállate!*

Le gustaba andar descalza para sentir el fresco del piso de firme. Podía escuchar los gritos de su madre, que los huesos se le iban a salir y las piernas le iban a quedar tullidas de tanto agarrar frío, pero al momento de llegar al patio su madre dejaba de gritarle y la agarraba con firmeza del brazo para alejarla de ahí. Socorro la veía fruncir la boca en una mueca de disgusto, chasqueaba la lengua con enfado y eso bastaba para que la niña se alejara corriendo.

—*¿Por qué no te casastes con ella?*

—No la dejó su 'apá, quesque yo era pobre.

—Yo creo que si te 'bieras casa'o con ella, 'orita estarías en una porqueriza.

—¡Que ella no fue!

Lázaro llevaba a Socorro del brazo. Juntos caminaban por la plaza para que ella pudiera lucir el rebozo nuevo que el muchacho le había regalado, como dictaban las costumbres del pueblo: al primer mes de novios el hombre debía comprarle a su enamorada un rebozo y ella tenía la obligación de lucirlo por el pueblo para que los demás supieran que ya no podían cortejarla. A los tres días, el rebozo de Socorro apareció destrozado frente a la puerta de Lázaro.

—Se mató y ahora el cura no quiere que le ofrezcan misa.

—Esas son puras pendejadas, Coquito iba a la iglesia cada domingo, el padre debería bendecir el cuerpo.

—Dicen que se volvió loca, que ella se hizo todo eso.

—Puritas pendejadas.

—¿No le llevas flores?

—No le gustaban las flores arrancadas.

—Ya está muerta, qué más da que le lleves flores.

El gato se le había perdido, era común que se alejara uno o dos días, pero no toda la semana. Socorro trataba de alumbrarse el camino con una lamparita de aceite, iba de aquí para allá descalza por la casa, había escuchado un maullido y estaba tratando de ubicarlo. Manchas ya tenía cinco años con ella, estaba encariñada con el felino y acostumbraba dormir con el animal acurrucado en sus pies.

—En cuanto lléguenos voy a ir al patio.

—No seas morboso.

—Solo voy a ver, eso no es malo.

—Coquito ya murió, déjala descansar en paz.

El rebozo venía del patio. Estaba a punto de salir cuando recordó que su madre no la dejaba ir con los pies desnudos y, por un momento, pensó en regresar a su habitación por

unas chanclas, pero el ruido se escuchó más fuerte, así que empujó la puerta para poder salir.

El viento era helado afuera. Apuntó la lámpara en diferentes direcciones, sin embargo, no lograba encontrar el origen del sonido. Detrás de ella la puerta se cerró con violencia. Un calor extraño comenzó a extenderse por las plantas de sus pies y subió trepando por sus pantorrillas. De pronto sintió que el vientre le ardía, le quemaba. Una fuerza descomunal la aventó contra la porqueriza.

Trató de levantarse, pero de nuevo la empujaron. Estaba sudando por el calor que sentía. Frenética, volteaba a todas partes tratando de identificar quién la atacaba. No veía nada. La lamparita se había roto. Algo atrapó su pierna, una clase de mano con dedos alargados y huesudos, oscura, viscosa.

Socorro se sacudió con fuerza al sentir unas uñas clavándose en su carne tierna. Chilló cuando más garras se encajaron por sus extremidades. Observó con pánico como su camisón se prendía en llamas y gritó al ver una figura oscura cernirse sobre ella. Debió usar zapatos.

Sharon Melissa Llamas Campos (Zacatecas, Zacatecas, 1981) es partera de almas, se formó como terapeuta transpersonal, de vinculación y terapia sistémica. Actualmente dirige Vinculación Femenina, un espacio para el desarrollo y el bienestar emocional de las mujeres. Lleva a cabo los Retiros de mujeres tierra adentro. Esposa y madre de dos hijos, su mayor motivación es llevar a las mujeres un mensaje de amor propio y sororidad. Su libro *Los círculos de mujeres* es un manual para la formación de espacios donde las mujeres pueden trabajar y hacer conciencia de su poder.

Romper el molde

Nací en una familia promedio, no rica, no pobre, había para las tres comidas, había vestido, calzado y escuela para los siete hijos. Vacaciones por lo menos una vez al año para visitar a la familia en León, Guanajuato, la cosmopolita; a la de Durango, la norteña; o a la de Monterrey, la más norteña. También, los más afortunados podíamos ir a la playa cuando mis tíos nos compartían de sus vacaciones, y digo “podíamos” porque al ser la menor, fui de esos afortunados a los que les tocaba un poco de lo mejorcito que hubo, y es que como no decir “mejorcito”, en “*ito*” pues así me enseñaron que sonaba más bonito, *menos pior* como decía mi vecina la Trini.

De las fortunas que yo atesoro en mi memoria está, por ejemplo, que yo podía dormir con mamá, compartíamos la habitación, la cama calentita. Y es que los inviernos sí que eran *friesitos*, pero el calor de los brazos de mamá compensaba las heladas.

Otra fortuna era cuando venía el niño Dios en Navidad, siempre bajo el árbol había regalos y uno siempre era para mí. Recuerdo como estaba el *arbolito* ahí junto a la

ventana, para que el niño Dios lo viera, adornado con *lucecillas* de muchos colores, escarcha y bastantes esferas dispares, algunas *rotillas*, pero esas también las colgábamos "más vale que sobre y no que falte" decía mi mamá, también aprendí a usar el *illa* o *illo*, ese era para nombrar algo más *feillo* pero de mucha utilidad.

Y así la afortunada de mí fue creciendo, tuve mi habitación propia cuando se casó la primera de mis hermanas. Eran cuatro las canijas, y se fueron casando de una en una, como quien se contagia de varicela, en menos de cinco años ya se habían casado todas y fue entonces que la casa se quedó vacía. Hasta que quedamos solo mi madre y yo. No faltaba el invierno en que me pasaba a su cama por aquello del frío, recordando mi infancia, cuando a mi madre no le quedaba de otra más que dormirme con ella porque no había un solo espacio para mí, pero, eso ya lo dije, me hacía sentir afortunada, la consentida, la más apapachada. Y es que cuando uno es niño ve la vida de otras formas más llenas de todo, hasta de amor. En fin, de repente hubo muchas camas vacías, pero yo quería abrazarme a mi mamá y decirle que yo nunca me iba a casar y que yo nunca me iba a ir.

Otra historia pasaba con mis hermanos varones, que eran dos, iban y venían en sus ajetreadas vidas de hombres, de repente traían a sus familias a vivir, tuve la fortuna de cuidar de mis sobrinos, al ser la tía más pequeña y la más *desocupadilla*.

Pero más tarde que temprano, la casa nos quedó grande y nos fuimos las dos a vivir a otro rumbo y después a otro y luego a otro y así me volví experta en mudanzas. La clave para cambiarnos de casa era ver si resistíamos el invierno, si la casa se volvía intolerablemente helada al final del año, era momento de empacar. Creo que mi madre buscaba calor de hogar, creo que añoraba el tiempo en que éramos muchos, pero no lo encontraba, ya solo éramos las

dos, y fue para ese entonces que empezaron a llegar los nietos. Cada domingo la casa se volvía una fiesta y entonces regresó un poco ese calor, así que ya no nos mudamos, ese invierno hasta nevó y, ¡oh sorpresa!, nadie tuvo que empacar, mi madre había encontrado su sitio y yo con ella.

Y bueno, como ya me había acostumbrado a ser la de la suerte, me encontré un *noviecillo* cerca de mi casa, en la escuela me iba bien y hasta era de las *listillas* del salón. Pero ese año de la nevada hubo algo triste, más frío que el frío, a todos nos congeló el corazón, la pérdida de mi hermano en un accidente me hizo tomar más fuerte la mano de mi madre, volví a dormir en su cama, volvimos a ser las dos.

De pronto algo pasó, algo dentro o fuera de mí, no sé de dónde vinieron unas apremiantes ganas de huir, de recorrer el mundo, de conocer otros lugares, gente diferente, tal vez fue ver la muerte tan cerca lo que me hizo aferrarme a una forma distinta de ver la vida, tan diferente a la de mis hermanas, tan irreal, tan incomprendida. Mi mamá decía que era rebeldía, viajar sola al desierto, viajar acompañada al desierto, viajar al desierto. En tren, en autobús, de *rait*, como fuera, mi alma me pedía salir de allí.

Un poco antes, cuando cumplí 15 años, ya se veía venir esta rebeldía, fui de las primeras de mi generación en querer viaje en lugar de fiesta, y cuando partí ese pastel de los XV, porque sí hubo un delicioso pastel de chocolate para celebrar la vida, lo supe, ahí, en ese instante, soplando la vela, yo rompería el molde, yo iba a hacer lo que nadie había hecho, yo: “la afortunada”. Me iría de *roomie* sin casarme con un fulano al que nadie conocía, en una época en que la palabra *roomie* no sonaba, aquello era inapropiado, socialmente mal visto, ¿cómo sin casarse? Culparon a mi padre porque nunca había estado, culparon al fulano porque era un forastero, culparon a mi madre por no haberme puesto límites, me culparon a mí por no ser como

las otras, las que sí se casaron, las que sí pidieron su mano, las que dijeron “Sí acepto”, sin saber lo que aceptaban.

Yo no acepté. En mí no había culpas, ni culpables, ni nada... Había una mujer comenzando a serlo, sin más experiencia que la brindada por las mujeres de su sistema, aquella fuerza inconsciente de su linaje, al de mis dos abuelas, una que murió a los 45 años por una terrible enfermedad, a la cual no conocí, pero sé de ella algunas cosas como que era de una belleza única, casi angélica, aunque de un temperamento fuerte; mi abuela Martha que además era muy querida por su esposo, siempre juntos, guapos y elegantes. Era una mujer sin duda fuerte que creía en el matrimonio y la familia. Estas dos mujeres dejaron en mí un legado, uno que ni siquiera yo reconocía hasta que fui esposa, hasta que fui madre.

Ese mensaje está grabado en mi alma, es el que me trae el viento cuando estoy lejos de casa. Ya llevo así veinte años allanando el camino, uno que no recordaba, pero mi alma sí, ella fue la que dijo: Sí, acepto. Es el mismo camino que ahora ya están siguiendo valientemente otras mujeres de mi sistema, las que vinieron después, las niñas, esas que ya crecieron y hoy tomaron una mano, como hizo un día aquella que rompió el molde.

Dedicado a todas las mujeres peculiarmente valientes.

Laura Sánchez Solorio (Zacatecas, Zacatecas) ha publicado tres libros *Llego sin necesidad*, *Armatoria* y *Boceto para un hogar de silencio*, así como en distintas revistas. Es licenciada en pedagogía y en Filosofía, maestra en Filosofía e Historia de las Ideas y becaria del Programa de Estímulos a la Creación en 2009 y en 2012. Actualmente cursa estudios de doctorado en el 17, Instituto de Estudios Críticos. Actualmente, es docente-investigador de la Licenciatura en Artes de la UAZ.

En global calentamiento

*

en Colombia está
prohibido llorar
en público
está prohibido aquí y allá
por las buenas
costumbres
decir del calor que es
insoportable

a pensar

ya vivir

pero estamos en el borde
donde se contempla el
vacío
antes de caer

oficinista
barrendero
presidente
campesino
empresario
ama de casa

*

esclavos de un salario
money is trust
señor de todos los cielos
enséñame a comprar

esclavos de las ideas
desmadrados
confundidos
arraigados en la
confusión

pesi-místicos

todo caerá por obra del
señor
que lo tritura todo
don dinero

*
crímenes sin sujeto

el medio ambiente no
tiene derechos
la naturaleza carece de
figura legal
pónganle un traje
un fracking

consumirnos hasta morir

*
el parque eólico alimenta
empresas alemanas
en Puebla

la manipulación genética
de las semillas
es mundial

las minas que inundan
ríos
la erosión de los suelos
la servidumbre legal de
los hidrocarburos
su mano de obra

súmele su respectivo
huachicol

donde hay
petróleo
hay crimen
organizado
paquete completo
pásele
llévelo

*
proyectos de muerte aquí
y allá
zonas económicas
especiales
bonos verdes
greenwashing
¿algo más a su canasta?

*
el embuste del
capitalista
*I don't believe in global
warming*
ofrece empleo
provoca extinción

*
los afectados toman la
palabra
en el Istmo de
Tehuantepec
en la sierra huasteca
la mina Caballo blanco

en laguna verde
el río Atoyac
la lista no acaba

mueren animales
se contamina el agua
las tierras el alma

se intimida y despoja
con lujo de violencia

*

*la voz del pueblo es ésta
nos están matando*

*no hay respuestas para
nosotros
y nosotros nos seguimos
muriendo*
dice Zoila Orizaba

dice y nosotros callamos
miramos muy quietos el
final

nos están matando

*

Meztli Sarabia fue
asesinada
vendía flores en el
mercado
28 de junio de 2017
como todos los días

líderes comunitarios
desaparecen

mayo veintiuno
Miguel y Agustín
Vázquez
cuatro de mayo

Luis Hernández
Cruz
Febrero diecisiete

Pablo Avendaño
Juan Ontiveros
Sergio Rivera Hernández
Alejandra Castellanos

todos los días
¿hoy por la mañana?

*

lenta mente
animal detrívoro
consume hasta morir
y aún no muere

en pequeñas trincheras
resistimos
len-ta-men-te

¿seguimos en el borde
o ya vamos en caída?

Brisa Elvira Navarro Hernández (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es licenciada en Derecho y pasante de la maestría en Ciencias Jurídico Penal por parte de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Su gusto por la escritura nace desde los cuatro años de edad, cuando su madre le leía cuentos y ella inventaba finales; a los seis años, por influencia de Antoine de Saint-Exupéry, afianzó su gusto por la creación literaria, pero fue hasta los diecisiete que ingresó a un taller de literatura. Cuenta con una colaboración en la *Gualdra* 304 titulada “Tinta para no llorar”.

Un mundo dual

Formé el mundo de las dualidades, empecé por el día y la noche, el hombre y la mujer; el equilibrio surgió a su paso.

Cada binomio era necesario para mantener la armonía. Inspirado, continué formando pares, cada uno se ligaba a la existencia del otro; cuando finalicé contemplé la perfección. Lo que había logrado en ese mundo era más que cadenas, eslabones, incluso más que el mismo equilibrio. De pronto, tuve un mal presagio, como la manzana que separó a Eva y Adán. Observar mi invención me hizo pensar cómo era posible que yo, siendo un gran creador, no tuviera otro que me complementara. Con mis pensamientos repletos de odio partí en búsqueda de mi binomio, en cambio encontré monomios funcionando igual que yo, creando y huyendo.

Volví al mundo dual, y en vez de equilibrio había opuestos, resultado de mi odio, por crear y huir el poderío se había extendido. Hablaban de un matriarcado como alguna vez quizá, pero de un machismo efectivo aquí y ahora.

Ella tenía que cuidar del hogar, de él, de ellos, de aquellos; además tenía que rezar porque un Dios le castigaba por ser Ella. Se sacrificaba para regalar vida y tenía la culpa de las miradas lascivas y el deseo. Ella existía por la culpa de ser Ella.

Renuncié a la gracia de ser un Dios, pues me atormentaban los reflejos manchados de ira y mi complemento rezaba en las dualidades para ser salvada.

Ma. Esther Escalante Galván (Sombrerete, Zacatecas, 1969) reside en Zacatecas capital desde hace 16 años. Su actual profesión es el estilismo con una experiencia en el campo laboral de 18 años. El amor por las letras le surge desde muy corta edad, siendo hoy en día una de sus ocupaciones predilectas. Actualmente participa en el Taller de Letras del colectivo Líneas Negras.

Sofía

Ella camina por la orilla del río, siente la arena entre sus dedos y el agua que moja sus tobillos. El sol y el aire acarician su rostro. Escucha el agua y el sonido estridente de la cigarra que en conjunto hacen una melodía. De pronto, una mariposa aletea sobre la mejilla de Sofía, quien despierta de su letargo. Se da cuenta que pasa del mediodía y salió sin pedir permiso. La buscarán porque se acerca la hora de comer. Rápido se sienta sobre una roca, limpia sus pies mojados, se pone calcetas y zapatos. Corre hacia la casa grande que parece un castillo medieval de cantera rosa en la cima del cerro. Corre y corre, cincuenta metros hacia arriba es demasiado, llega exhausta, sube los cinco escalones más que la separan de la puerta principal. Se detiene *en seco* y recuerda que debe estar impecable.

La hora de comer es sagrada para su familia, es un ritual, o eso imagina Sofía. Tiene que ser exactamente a las dos de la tarde, así ha sido por generaciones y no será ella quien rompa la tradición.

Sofía es hija única, tiene nueve años, mide poco más de un metro de estatura; delgada, piel apiñonada y descolorida, parece siempre estar enferma; sus ojos son grandes, café y con ojeras; pestañas largas y caídas; nariz recta, boca y labios medianos, bien formados. Su rostro expresa tristeza, trae el llanto a flor de piel. Es insegura,

incluso los movimientos de sus manos son inciertos, se siente muy sola.

Porta un vestido color naranja con puntos blancos, tiene tres holanes en el faldón, mangas esponjadas, decorado con un moño en la cintura, usa calcetas dobladas y zapatos colegiales. Su cabello es largo y hermoso, pero ella no lo sabe o no le importa, se lo trenza, no quiere llamar la atención de nadie.

Está a punto de meter la llave a la cerradura de la puerta, de pronto se abre y ella da un paso atrás sobresaltada. Quien la recibe es su padre, un señor de expresión adusta, alto y robusto. Él le pregunta a dónde ha ido, es la hora de comer y estaba preocupado. Sin contestar entra, ambos pasan al comedor. Los empleados atienden a padre e hija con amabilidad y hasta con cierta consideración. Comen. El silencio es un vacío que lo cubre todo. Ni él ni ella saben qué decir. Sofía termina y pide permiso para retirarse. La casa es enorme, pasa un patio con jardín, luego un corredor, para llegar al fin a su recámara, a su refugio. Abre la puerta, entra. En el buró, solo se encuentra la foto de su madre siempre sonriente. Corre y la abraza. Se deja caer sobre la cama. Ya hace un mes que su madre se fue. Hace un mes que murió. Sollozando le dice:

—Me haces falta, mamita, no sé cómo vivir sin ti.

Verónica G. Arredondo (Guanajuato, 1984) es autora de *Ese cuerpo no soy* (UAZ/2015), «Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde 2014» / *Je ne suis pas ce corps*, traducción al francés en RAZ Editions en 2018; *Verde fuego de espíritas* (IMAC/2014), «Premio Dolores Castro de Poesía 2014», *Voracidad, grito y belleza animal* (UAZ/2014), ensayo-tesis de maestría, y de diversos libros de artista. Maestra en Filosofía e Historia de las Ideas por la Universidad Autónoma de Zacatecas; egresada del doctorado en Artes en la Universidad de Guanajuato. Becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la categoría de Jóvenes Creadores 2017-2018.

Roma (2018)

La mujer que camina descalza frente al mar
no es mi madre.

Agito los brazos,
algas enredan mis piernas.

Grito.

La corriente aleja a mi hermana.

La mujer lucha contra las olas golpeando en su pecho,
no da traspie ante la furia.

No sabe nadar.

La mujer con el agua hasta el cuello
no deja de llamar mi nombre.

El sonido del mar ensordece,
adentro la mujer sostiene entre los brazos a mi hermana,
tira de mi cabello y nos arrastra a la orilla.

La mujer que incendia calamares para que yo viva,
se llama Cleo.

Lloramos.

Ante la escena de los personajes abrazados a contraluz,

de fondo el mar,
mi butaca se hunde en la arena;
cubre mis piernas,
brazos;
rompe el oleaje en mi cuello.
Desciendo.

La voz de Cleo dicta en mis labios:
No quería que naciera,
hablo del hijo que le nació muerto.

Yo tampoco quería que nacieras,
pequeño astronauta.

Que no se le niegue a nadie

la privacidad de llorar en el baño una
lágrima larga que se confunda con los charcos de orina
de anteriores usuarios
Que el sollozo opaco se oculte tras
el sonido del secador de manos destartado
Que al tirar la cadena del baño
lleve en su remolino el desahogo de fosas nasales
en pañuelos húmedos sin consuelo
Que los ojos enrojecidos se cierren por
el olor a caño y residuos fuera del inodoro
Nada se resolverá con el grito:
¡Está ocupado!
Al menos el alma respirará el alivio
en la evacuación del cuerpo
La miseria de sonreír o llorar
entre la mierda

Verónica Imelda Vázquez Torres (Pinos, Zacatecas, 1969) se inició como promotora de la cultura de su región en 1986. Su educación y trayectoria laboral se centra en la administración y el turismo. Tiene conocimientos en historia, restauración y arte sacro, mismos que la llevaron a la investigación histórica, registro de la cultura popular local y preservación del patrimonio cultural. Ha publicado artículos, discursos, historias de vida, poemas y cuentos en diferentes espacios, como en la *Gaceta Amalgama* del Instituto Municipal de Cultura, *Revista Artesanal* del Estado de Zacatecas y Academia Nacional de Poesía sede San Luis Potosí. Se destacan los textos “Sueños a la medida”, “El regalo” y “Mi último deseo”, además de las investigaciones *De Profundis* y *Mariana de la Candelaria*.

¡Adiós, comadritas!

En el desierto zacatecano hay un pueblito solitario, enigmático. Desde lejos solo se ven campanarios, altas troneras de las viejas minas y casas construidas al pie de unas montañas que parecen de arena. Ahí viven familias grandes y unidas. La que yo conocí estaba compuesta por diez hermanos, cinco niños y cinco niñas, que vivían en una casa pintada de blanco con guardapolvo verde. La casa tenía un zaguán enmarcado por una enredadera de flores blancas y un patio empedrado al centro, rodeado de geranios y margaritas.

Todas las mañanas las cinco hermanitas se preparaban para ir a la escuela. Su nana, Ventura, cepillaba sus largos cabellos con una escobeta de ixtle, les servía el desayuno que ellas devoraban rápidamente, luego, la nana les entregaba el itacate que contenía taquitos de tortilla de maíz rellenos de frijolitos. Las niñas salían corriendo a sentarse sobre la banqueta de la casa de doña Nachita, la

vecina de enfrente, esperando escuchar a lo lejos los ruiditos que producían las decenas de patitas sobre el empedrado de la calle. Por fin aparecía el hato de chivitos y borregos guiados por el cencerro del mayor de ellos y por los ladridos de dos grandes perros que no permitían que algún desobediente se saliera del rebaño. — ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Las niñas daban saltos de felicidad y, confundándose entre los borregos, los acariciaban. Detrás de los animalitos se veía la silueta de dos hombres, eran don Goyito y don José, dos viejos pastores que dedicaban su vida a cuidar de los animales. Ellos lanzaban gritos que apenas se alcanzaban a escuchar entre tanto alboroto de sus perros y el balar de los corderitos: — ¡Comadritas! ¡Comadritas! Las niñas les platicaban, acelerada y atropelladamente, las anécdotas y travesuras del día anterior: que se reunieron con los niños del barrio para jugar a los pares y nones, o a la rueda de San Miguel, a los hilitos de oro; en fin, les narraban sus aventuras. Los pastores las oían complacidos y lanzaban carcajadas.

Y así, siguiendo los largos pasos de los pastores, las niñas los encaminaban hasta llegar al arroyo seco. Allí se despedían, porque desde una hendidura de la puerta entreabierta de su casita de adobe, doña Ángela ya las estaba vigilando para que no se entretuvieran. Las niñas les entregaban a los pastores el envoltorio que preparó su nana y ellos corrían cuesta arriba para alcanzar el rebaño. Don Goyito agitaba en lo alto el sombrero y don José levantaba la vara que llevaban en la mano y los dos gritaban al mismo tiempo: — ¡Adiós comadritas!

Esto era todos los días, no importaba si hacía más frío del acostumbrado y que en las orillas de las banquetas crujiera el hielo al pisarlo, solo era comprensible que los pastores y su rebaño faltaran al paseo cuando el día era muy lluvioso, lo que era raro, en ese pueblo casi no llovía.

Las niñas le tenían un gran cariño a don Goyito, a don José y a sus chivitos. Durante el ocaso la historia se repetía, hacían su tarea y se sentaban recargadas, pegaditas a la pared de la casa de enfrente, ya que los adobes estaban muy calentitos por el sol que les había dado todo el día, con mucha paciencia volteaban hacia el arroyo para ver aparecer al portador del cencerro, y a correr a encontrarlos nuevamente: — ¡Comadritas! ¡Comadritas! Este era el momento del intercambio, los pastores devolvían la servilleta y les entregaban una penca de maguey llena de tunas cardonas ya peladitas, biznagas y aguamiel. Las acompañaban a su casa y se despedían como de costumbre: — ¡Adiós comadritas! Ellas los veían alejarse hasta dar vuelta en el parque hundido.

Una noche, distinta a muchas otras, se escucharon ruidos fuertes que cimbraron las ventanas e hicieron despertar a las niñas. En el pueblo era poco común escuchar ese tipo de estruendos, por lo que creyeron que había sido la explosión de varios cohetes que avisaban la celebración de la vigilia de algún santo. Sin embargo, los ladridos desesperados de los perros no cesaron en toda la noche. Al amanecer, como todos los días, las niñas se sentaron a desayunar, pero notaron que su nana estaba triste y les dijo que hoy no había itacate. Las niñas no le dieron mayor importancia y salieron a sentarse a la banquetta de la casa de enfrente y esperaron. El tiempo pasaba y nadie aparecía, no se veían por ningún lado los chivitos, ni a don Goyito, ni a don José. Así que entraron a su casa y comentaron a su nana lo que sucedía, ella solo guardaba silencio con la mirada triste y fija en el suelo les dijo que se fueran a la escuela, que se les iba a hacer tarde.

A la hora del recreo sus compañeritos comentaban con gran alboroto los ruidos que escucharon la noche anterior, uno de ellos decía: — ¡Mi 'apá dice que en la madrugada les robaron todas las borregas! Las pequeñas no

comprendían a lo que se referían. Cuando regresaron a casa interrogaron a su nana — ¿Qué fueron esos ruidos tan fuertes? Ella, con la voz entrecortada les dijo; —Fueron cohetes mis niñas, así se acostumbra despedir a los ángeles cuando se van al cielo.

Ahora, ellas son mayores y todavía guardan en su corazón el recuerdo de sus queridos amigos. Al observar en el cielo las nubes en forma de borreguitos, recuerdan a los pastores. Cada Navidad, en un rincón del nacimiento, le dedican un espacio muy especial al rebaño y colocan dos figuras de barro en forma de pastores en memoria de don Goyito y don José. También, cuando visitan la vieja casa donde pasaron su niñez, se sientan sobre la banquetta imaginando que a lo lejos caminan sus amigos, apresurando a sus chivas, agitando la vara, levantando el sombrero y gritando:

¡Adiós comadritas!

Claudia Guadalupe Macías Ibarra (Zacatecas, Zacatecas, 1978) es licenciada en Psicología y maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por la Universidad Autónoma de Zacatecas, asimismo, es egresada del Doctorado en Psicoanálisis por parte de la Universidad Intercontinental. Actual Vicepresidenta de la Asociación de Psicólogos, Psicoterapeutas y Psicoanalistas del Estado de Zacatecas (APSIZAC AC). Participó como ponente en diversos congresos nacionales e internacionales sobre Psicoanálisis y en varios eventos organizados por la APSIZAC AC. Y por otras asociaciones afines. Es conductora del programa “Sentir y Pensar” de la APSIZAC AC, transmitido por la plataforma de *Lens tv*. También, ha participado en diversas cápsulas y programas de radio y televisión. Ha publicado en periódicos estatales y en la revista electrónica *DIGITO*.

Verse desde otro ángulo, desde otro punto: psicología y literatura femenina

*Cuando era niña, cuando era adolescente,
los libros me salvaron de la desesperación.*

Simone de Beauvoir

Al leer sobre el hermoso mundo de la literatura, encuentro la gran similitud que tiene éste con la psicología, la psicoterapia y el psicoanálisis. Si bien, en la literatura se narran historias, también en el diván se relata la vida, pero: ¿qué decir de aquellas que no se cuentan en el diván?, aquellas, por ejemplo, que se comentan entre la familia; como cuando nuestras abuelas nos decían cómo conocieron al abuelo, siendo quizá robadas mientras cortaban manzanas en el huerto para comenzar una “historia de amor.”

¿Cómo saber si esta clase de anécdotas hacen que una persona, ya sea hombre o mujer, comience a interesarse por este arte llamado literatura?, no solo como un escritor, sino también como un asiduo lector y, desde otro punto de vista, lo llevan a convertirse en psicoterapeuta para conocer historias (aspecto un tanto voyerista) o, quizá, como paciente para contar la propia.

La mujer, a lo largo de la historia, ha sido vista, generalmente, como un personaje secundario, por esta razón hace falta comenzar a reconocerla como la protagonista. Esto se puede lograr tanto en terapia, como al momento de leer o escribir. A través de estas acciones podemos ser lo que queremos ser, estar donde queramos estar. Por eso es tan importante la literatura para la mujer, pero ¿se le dará el espacio que requiere?, pues desafortunadamente, en este mundo “del hombre” hemos tenido que buscar un sitio en el cual ser y hacer, y qué mejor lugar que la literatura, o tener un momento para hablar dentro del consultorio.

Leer no solo es poder viajar con la imaginación, también es conocer mundos que otro ser (escritor o terapeuta) nos permite ver a través de su obra.

Qué gran necesidad y placer tuvo la mujer de siglos pasados, y la actual, de encontrar y conocer algo más que solo el pequeño mundo de la casa, los hijos, la limpieza y la cocina. Dichosas aquellas que desean y pueden ver hacia otros lados y no solo, como las “mulas”, hacia el frente, para no perder el camino (sin saber que el camino es precisamente el que se pierde por ver hacia un solo lugar). Ya lo planteaba Simone de Beauvoir en su obra *El Segundo Sexo*: “las restricciones que la educación y la costumbre imponen a la mujer, limitan su poder sobre el universo”. Lo mismo puede suceder en terapia, el poder vislumbrarte desde otro lugar o poder voltear hacia diferentes ángulos para solucionar algún problema; afortunada la persona que

se permite hacer esto (tanto el leer o escribir, como el ir a terapia).

Es así como en la literatura se pueden encontrar varias funciones, entre ellas, poder emancipar al escritor y al lector, pero ojo, también puede convertirse en arma fatídica si se utiliza como un instrumento para domesticar o controlar. Qué labor tan importante es el escribir para que otros nos lean, cuán importante es saber y transmitir lo que quiero proyectar. Lo mismo pasa en la labor terapéutica al compartir con otro ser aspectos importantes de la vida.

La literatura y el psicoanálisis, han venido a revolucionar la vida, pues nos permiten conceptualizar el mundo y a uno mismo, nos ayuda a ver a otras y otros, al mismo tiempo, vernos a nosotros mismos.

Al recordar a aquella Sor Juana Inés de la Cruz con su ya tan conocida frase “hombres necios que acusáis a la mujer sin razón”, pienso que ésta no es una cuestión del pasado, sino del mismo presente, como lo dice Laura Freixas en su conferencia sobre *Libros, mujeres y feminismo*, aún seguimos siendo acusadas. Simone de Beauvoir lo ejemplifica cuando relata que, al ir a una biblioteca a buscar información sobre la mujer, verifica que quienes hablan sobre la mujer desde diferentes estudios son los propios hombres.

Al descubrir esto y buscar información al respecto, encontré que indudablemente la mayoría de las veces los hombres son los que escriben sobre las mujeres, y en este caso encuentro a un Sigmund Freud y a un Jacques Lacan que hablan de las féminas desde el psicoanálisis.

Y aquí cabe hacerse una pregunta, ¿puede un hombre explicar a una mujer, o será que quien mejor puede explicar a una mujer es otra mujer? Ahí está la veracidad, ya que quien lo experimenta es quien mejor puede hablar sobre ello. Sin embargo, vemos que existen también la imaginación, la fantasía, las cuales también son importantes

en la literatura y en la psicoterapia, la psicología o el psicoanálisis.

En la literatura es importante la imaginación, ya que a mi parecer gracias a ella se crean mundos diferentes, incluso se puede imaginar un futuro posible como lo han sido las obras de Julio Verne. Pero esto no deja de ser solo una aproximación a la realidad.

La literatura como la psicoterapia nos permite viajar también a través del tiempo. Qué bueno sería poder viajar al futuro ideal, en el que se pueda ver a la mujer que vive desde muchos ángulos, mundos y lugares. Así, grandes obras literarias, como la de Sor Juana Inés de la Cruz, inauguran un tiempo, aunque dicen ser de “su época”, traen consigo una actualidad que al leerlas nos hacen pensar de forma crítica.

En la psicología las fantasías también tienen un lugar central, ya que en ocasiones se llegan a volver verdades en el inconsciente, cuestión que se tiene, desde mi perspectiva, que trabajar, es decir; buscar la realidad. Las historias se pueden cambiar gracias al analizar estas fantasías creadas a lo largo de la vida.

Freud, cuando se le preguntó sobre la mujer, respondió: “el enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos”.

Replanteando esta cuestión y vislumbrándola desde otro punto, creo que está hablando de la cuestión cultural, en la cual el hombre se ha ubicado en el punto focal de todo, dejando a la mujer en un segundo plano, y colocando al falo como una mera cuestión de poder. Sin embargo, si hablamos de genitales, las mujeres también tenemos poder, y mucho, pero que, si socialmente deseamos utilizarlo seremos marcadas con una “letra escarlata”, y verdaderamente marcadas a nivel sociocultural. Cuánto peso cargamos las mujeres en un mundo desigual.

Es aquí donde veo que aún falta mucho por hacer, como mujeres tenemos también ese falo o, llamado de otra forma, poder, pero no lo hemos empleado por estar tan inmersas en una cultura patriarcal. Cuántas como yo se han preguntado ¿si una mujer es la que cuida y educa a los hijos, por qué no hacerlo desde otro ángulo, desde otra mirada?, y así poder cambiar las cosas. Pero la cultura es una telaraña en la que estamos atrapados, aunque, estas telarañas no se ven por estar en el inconsciente y, en muchos casos, siguen sin ser desenmarañadas.

Si reunimos todo lo visto hasta aquí, cabría observar que el estudio de la mujer desde la postura psicológica, psicoterapéutica y psicoanalítica sería interesante que se abordara más por las mujeres, lo que me hace pensar que en este tema hay mucho que investigar y teorizar. Lo mismo ocurre en la literatura, ya que, si por mucho tiempo el mundo ha sido “de hombres escritores”, también lo puede hacer de ahora en adelante en lo femenino, y que a su vez se pueda plasmar un mundo diferente en el que la mujer sea vista desde otro ángulo, desde otro punto. Entra aquí pues la responsabilidad que tenemos al escribir: ser esa otra parte que muestre a otras mujeres, cómo percibirse desde otro punto, desde otro ángulo.

Alba Monserrat Hernández Cervantes (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es egresada de Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue integrante del Taller de Narrativa de la Unidad Académica Preparatoria programa IV y es miembro del consejo editorial de la revista semestral *Barca de Palabras* de la misma universidad. En 2012 participó en el primer Encuentro de Narradores Centro-Occidente en Morelia Michoacán. Ha publicado en revistas electrónicas y periódicos locales, además de participar en el libro electrónico *Todo junto hacia un mismo fin*, editado por el Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”. En 2015 fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas, por ensayo literario, para el curso de Creación literaria para jóvenes, realizado en Xalapa Veracruz.

Contra el silencio

Comienzo a sentir ruido. Digo *sentir* porque su percepción no se limita a los oídos como puede creerse. Sentir el ruido va más allá de escucharlo, provoca una ineludible molestia que se distribuye a la mente y el cuerpo. De manera que

comienzo a sentir ruido después de un detonante preciso. El ruido revela, acompaña al bebé que inaugura la vida y al accidente que clausurará otra. Es quien hace público el proceder de las cosas: soldar un trozo de hierro, despejar las vías del tren o los inquietantes pasos de alguien detrás de nosotros. Comienzo a sentir ruido mientras leo. Lápices deslizándose a la par de unos dedos tecleando el celular, el sonido del gas de algún refresco mezclado a la uña que hace fricción con cierta parte de la piel. El ruido revela y comprueba.

Es la mosca que hace números en el aire, que en las bibliotecas zumba entre pulsos de bolígrafo o chicles masticados. Calles sucias tapizadas de moscas, reunidas en los autobuses engalanando espacios triviales, cuya algarabía deja ver el fracaso de las grandes masas, de las grandes promesas detrás del televisor y las redes. Las moscas insisten. Creemos que se puede evadir la realidad hasta que ellas, enfadosas, zumban en los oídos y pensamientos, perturban su propia presunción de seres aislados; el ruido es la realización de una colectividad, es la amalgama de la vida y lo inerte. Comienzo a sentir ruido mientras yo contribuyo a su devenir.

Las moscas protestan a gritos, cuestionan lo dicho y buscan a quien burlar; otras veces, lastimeras, persuaden egoístas: piedras que chocan con el vidrio de la ventana, rabieta del niño disconforme sin dulce, inagotables discordias. Somos las moscas que discrepan, que a mil voces buscan, sea en el arte, los vicios o en la ausencia de motivos, el extrañamiento que estimule a la vida. Nos hacemos del ruido para despabilar lo que sea que cada uno traiga en su alma. Comienzo a sentir ruido de tanto nombrarlo.

Pienso en la resignación previa como un montón de moscas casi muertas que, aún sin rendirse, susurran a mi oído y tranquilizan la ambición de mis sueños, de mis

amores y deseos. Cuando por fin caen, brota de las esquinas de la habitación, una incertidumbre silenciosa que me hace extrañarlas.

Suprimir las moscas no garantiza nada, el triunfo del olvido no asegura la posteridad. No se puede asesinar al ruido, el mero intento lo incita a doblar esfuerzos. Pongamos el ejemplo de los movimientos sociales, donde estudiantes, trabajadores o mujeres son las moscas que se sacuden y provocan y evaden al silencio para desosegar más. El ruido se exterioriza cuando llega a mí sabiéndose aceptado, cuando se siente y se lucha por él. Es el halago, el insulto, una protesta, mis silencios.

Entonces, la ausencia de palabras y sonidos no es ausencia de ruido, las moscas aturden mientras permanecen quietas. La historia de la humanidad puede comprenderse como la historia de los intentos fallidos por silenciar las moscas. O la historia de las moscas que creyeron poder matar a sus crías. Eso explicaría el fracaso de los hombres que no han buscado en sí mismos lo que los llevaría a comprender al otro. El ruido es la libertad, es todo aquello que se persigue y se ha intentado suprimir, ya sea por un dictador, un presidente, una creencia propia o un corazón roto. Y aun defendiendo al ruido, persiste en nosotros una reacción de rechazo singular porque el hombre es vulnerable y, como las moscas, inmovible.

María Guadalupe Reyes García (Ciudad de México, 1980) vive en Zacatecas desde 1985, estudió Diseño Gráfico en la Universidad Autónoma de Durango, parte de la primera generación de comunicadores visuales formados en el estado, se ha dedicado al estudio teórico de la comunicación visual, sobre todo desde la plástica mexicana. Cuenta con una Maestría en Estudios de Filosofía en México por parte de la UAZ, donde comenzó un largo y tortuoso romance académico con la plástica de la calavera, con una tesis dedicada a Posada, además del gran amor que siempre ha sentido por las letras, ha publicado de manera intermitente en diferentes medios impresos, con diferentes proyectos académicos y literarios.

Las manos de mi hermano

La última imagen que conservo de mi abuela son sus manos, la última sensación que me quedó de ella es la calidez de su tacto en mi rostro. Mi abuela murió de un cáncer que la consumió, enfermedad que se enraizó en ella después del suicidio de mi hermano menor. El recuerdo de sus manos tocándome la noche en que ella murió es una de las pocas cosas que me han ayudado a mantener la cordura en momentos difíciles. Además, en este recuerdo habita una verdad más significativa para mí: las manos de mi hermano eran iguales a las de mi abuela.

Cuando alguien que amas se suicida, una condena muda cae sobre la familia, los extraños se sienten con derecho moral de juzgar a los que quedamos. Somos parias, apestados, y el dolor es más difícil de sobrellevar porque tienes que lidiar con la propia culpa y el remordimiento. El silencio de los ausentes se vuelve una presencia constante. Elías es un tema tabú, no nos atrevemos a hablar de él ni siquiera entre nosotros. Fue el silencio lo que consumió la

vida de mi abuela, y eso que por poco enloquece a mi madre. Con el tiempo entiendes que necesitas buscar ayuda si quieres sobrevivir, y eso no te convierte en un ser débil, es el derecho de los muertos: la persistencia de la memoria, incluso para los suicidas. La vida de mi hermano fue breve, pero estuvo llena de contrastes, habitaba en él una gran bondad, acompañada siempre de la gran tristeza que lo rompió.

Recuerdo sus manos regordetas y cálidas, manos maltratadas por el trabajo, y esa constante obsesión que sentía por tenerlas limpias, y sí, podrían haber estado dañadas por los químicos con los que trabajaba, pero nunca estaban sucias, el recuerdo más entrañable que tengo acerca de sus manos es esa generosidad con la que siempre se desprendía de todo, y su disposición para ayudar a sus hermanos. Él era muy joven cuando comenzó a trabajar, y tenía 19 años cuando murió.

Su jornada comenzaba desde que amanecía hasta que terminaba el día, le gustaba hacer bien las cosas. Después de la decisión de dejar la escuela cuando cursaba la secundaria, se dedicó a trabajar desde los 15 años, como lo había aprendido de mi abuela: “trabaja, siempre trabaja, no seas un humano sin la capacidad de ser útil”. Es extraordinario cuánto pueden decir las manos sobre un hombre, son nuestras herramientas, el primer contacto con el otro y con el mundo.

Es difícil determinar la verdadera causa de su decisión. Todo lo que respecta a la elección de un suicida son suposiciones: supones que sufren, doy por sentado que los conflictos de identidad que tenía fueron el catalizador de su decisión.

Él era un transgénero buscando sacar la cabeza en un mundo de machos. Una sola vez se atrevió a hablarme sobre, lo que él creía, su terrible secreto. Era uno de esos días en los que el alcohol le daba el valor para hacer lo que

no le estaba permitido en la sobriedad, solo en esa ocasión permitió que lo viera tal y como creía debía de ser: una mujer atrapada entre las máscaras de los hombres, una mujer rota e inacabada, era un árbol al que nunca se le permitió florecer y que nunca encontró el valor para soltarse.

En algún momento del interminable duelo comprendí que no tenía derecho de condenarlo, acepté su decisión de la misma manera que acepté que, a pesar de toda su aparente alegría, mi hermano sufría, y era su derecho sufrir, no encontró la manera de pedirnos ayuda, nunca merecimos su confianza y no lo culpo, como familia no somos sanos, nos hemos hecho más daño del que deberíamos, y en algún momento creí que su muerte fue un castigo por nuestra incapacidad para darnos afecto con libertad.

El tiempo me ha ayudado a reconocer que más que un castigo, su muerte fue un sacrificio, una especie de ofrenda, nos detuvo en nuestra espiral de autodestrucción: mi padre dejó de usar la violencia para comunicarse, se volvió más tolerante; mi madre se acercó más a sus dos hijas; mi hermana y yo vivimos con mis abuelos maternos desde que éramos muy pequeñas, aunque no sabría determinar si mi hermana y hermano han sido capaces de transformar el dolor del suicidio en algo más que el dolor de la ausencia y la culpa. Si puedo decir lo que ha cambiado desde su muerte, no ha sido fácil perdonarlo, perdonarme y perdonarnos, entiendo, de manera intuitiva, que la vida ha sido diferente, ¿en qué sentido? no sabría explicarlo, porque el camino dejado el día en que murió Elías es inescrutable, solo puedo hablar desde la reconstrucción de la vida, de la lucha por mantenerme de pie frente a la depresión, de la experiencia de cuidar a mis abuelos en la enfermedad: el cáncer de mi abuela y la demencia de mi abuelo, y la libertad que me ha dado reconocer lo relativo

que puede ser el sufrimiento. He entendido que los humanos estamos destinados a vivir grandes pérdidas, que el dolor es inevitable, pero debes renunciar a la necesidad de auto infligirte sufrimiento.

Justo ahora, después de 15 años de habitar entre fantasmas, he decidido darle voz a mi hermano, reconocerlo por su vida, aceptar que tuvo defectos, pero decido hablar de su bondad y generosidad, he aprendido a respetar su decisión, a pesar de que no la entienda. Elijo amarlo por sobre todas las cosas, no negaré que lo extraño. No pienso en él todos los días, pero cuando lo recuerdo ya no hay enojo, no hay reproches ni culpas.

Lo recuerdo con la misma calidez con la que repaso la última noche de mi abuela, sus manos eran iguales, y entre ellos dos construí una fortaleza, después de todo siempre será mi hermano y su suicidio forma parte de mi historia. A través de su muerte reconocí que el amor no debe racionarse, pero que tampoco puedes luchar contra el cambio, nada permanece inalterable y, finalmente, aprendí que, tratándose del suicidio, los sobrevivientes debemos hablar para romper el tabú, no somos parias, ni pestes, y nuestra experiencia puede ser determinante para ayudar a otros a sanar. Nombrar al suicida puede ayudarnos a recuperar la cordura y, con el tiempo, volver a sonreír. Ahora no tengo miedo de decirlo: mi hermano se suicidó.

Ana Valeria Badillo Reyes (Zacatecas, Zacatecas, 1993) es licenciada en Letras y estudiante en la Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ha publicado en el suplemento cultural *La Soldadera* del periódico El Sol de Zacatecas, así como en la Agenda Cultural del Instituto Zacatecano de Cultura y en las memorias del IV Encuentro de Escritores Centro-Occidente. Asimismo, fue asistente en el taller que impartió el escritor zacatecano Javier Acosta sobre poesía y micro ficción. En el 2014 y 2018 realizó intercambios y estancias en la UNAM y en la Universidad de Alcalá de Henares, España.

Cestrum Nocturnum

Me dijeron que nada crece en la oscuridad. Pero no por eso la naturaleza que florece al anochecer es menos bella. ¿Qué acaso el *hueledenoche* perfuma menos el ambiente que la flor de azahar? ¿O la música de Orfeo fue menos conmovedora por haberse compuesto en la penumbra? Las repuestas no las conozco, pero estoy segura que la luna no habría hecho aparición de nuevo si Debussy no le hubiera compuesto su Claro.

Hay que entender que no se le tiene rechazo a la oscuridad, más bien se le tiene miedo a lo que puede suceder en ella, porque tienes que aceptar que los aquelarres son más divertidos que cualquier bar, y jurarías que llevé la pócima correcta para cometer errores perfectos. ¿Para qué focos incandescentes? Yo no soporto la luz directa y tú prefieres seguir tu tradición vampírica; completo rechazo a flashes y retratos, tal vez por el miedo o la imposibilidad de ver tu reflejo.

Porque solo en la noche se logran apreciar los cosmos que forma la ciudad, inframundos que se desarrollan en áreas de cuatro por cuatro, con los cancerberos más tiernos que la zoología puede ofrecer, secuaces con nombres artísticos, listos para cualquier fechoría que implique un poco de diversión. Y llegar a la conclusión que de día nada ni nadie se revela, ni el ave más sabia, aquella con fama de bruja, se atreve a merodear bajo el incandescente sol, ni el lobo aúlla para el alba o el licántropo se transforma a la hora del desayuno. Porque de día no se confiesan los secretos ni los dolores profundos, solo hasta después de medianoche, las marcas del cuerpo se revelan para contar sus historias a media luz, a media luna, a medio beso.

Porque no se sabe qué tan rápido transcurren las horas nocturnas y al igual que la hierba triste, aquella que llaman *flor de suspiros*, solo al atardecer abres tu ser y permites que todo el talento y aroma se esparzan entre lámparas y botes de tinta, pero apenas se acerca el alba, te marchitas y vuelves a tu estado noctámbulo. Ellos no entienden que el negro no es ausencia de color, sino un todo que utilizas para crear, línea a línea, el trazo perfecto sobre un lienzo que destila sangre. Una mano temblorosa y a la vez firme que va dando forma a promesas, sueños y manías que solo los artistas como tú logran culminar.

Ser tan efímero como suspiro, apenas y recuerdo tu aroma, que solo he vuelto a encontrar en la noche, lejos de la multitud, entre salas oscuras que proyectan a blanco y negro el futuro que ni tú ni yo teníamos. Y por más que lo intenté no te pude hacer entender, que incluso en lo más estéril, el dios de la muerte se enamoró; y que, en la oscuridad de la infra tierra, Perséfone obtuvo un amor comprensivo y afable. Pero al igual que la flor que se marchita al amanecer, volvemos a ser dos extraños que nunca imaginarían la confabulación preparada por la luna

menguada y que se abrirían nuestros pétalos por unos momentos, unos insignificantes segundos, para conocernos, como un milagro.

Alma Rosa Fernández (Zacatecas, Zacatecas, 1987) es licenciada en Letras y maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Autónoma de Zacatecas “Francisco García Salinas”. Ha recibido el Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico de Zacatecas (PECDAZ) en la categoría de Jóvenes Creadores, apoyo a proyecto en cuento. En 2014 publicó *A donde corren las niñas* (Pictographia). Ha participado con diversos ensayos literarios en las antologías *Ficcionario de teoría literaria* (2015) y *Cuadernos de hermenéutica* (2016). Ha colaborado en la revista *Barca de palabras* y en los suplementos culturales *Corre, conejo* y *La Gualdra*.

Sentir profundo

Anoche perdí la cabeza, aquella que tuve de niña. Fantasiosa e insondable. De esa época conservo coloridos recuerdos en el jardín de la casa materna. Juegos y alquimia: la merienda con té de agua de rosas, con pastelillos de lodo. Experimentos y ciencia: una enorme colección de frascos de vidrio repletos de lombrices, así como un cuaderno de pasta dura que formaba parte de mi íntima enciclopedia del terror. En las páginas, cadáveres de insectos o plantas diversas: alas de mariposas amarillas, chapulines empalados, flor blanca de San Juan triturada (con propiedades curativas para la depresión), luciérnagas destripadas.

Ahora todo eso es distante, memorias de otro tiempo. En algún momento de la duermevela extravié una parte de mí. Perdí identidad y reposo de un tajo. En adelante, mi sentir se resumió en dos palabras: cansancio y angustia. Fue anoche cuando pasó, no tengo duda. El anuncio de la nueva *yo* comenzó con dolor, como todo nacimiento. Al principio experimenté ligeros piquetes en el

vientre, los cuales se fueron intensificando con el brillo de la luna sobre mi ventana. Armonizada al ritmo del misterioso astro, me dejé llevar sin remedio. Me sumí en una especie de sueño rojo, en el que fui trasladada de prisa a un lugar bullicioso. Camillas iban y venían. Ojos pesados deambulaban por los pasillos. Estuve en una habitación en la que un par de mujeres y hombres, vestidos de blanco de la cabeza a los pies, combatían con sus instrumentos alrededor de mí.

Algunas personas me aconsejaron sobre respiración y postura. Obediente y sumisa, obedecí sin excepción, me encontraba vulnerable. Durante el acontecimiento recuerdo haber escuchado conversaciones sobre centímetros de dilatación, aplicación de epidural, rompimiento de fuente, alto grado de tolerancia al dolor físico; temas que se mezclaban con chismorreos: despidos injustificados, reestructuración del personal médico, vacaciones en la playa y hasta infidelidades escandalosas. Somnolienta y hechizada por sustancias que recorrían secretos rincones de mi cuerpo, ignoré sus pláticas. Hasta que llegó el llanto y la primera mirada del diminuto ser que me entregaban.

De aquel ensueño ignoro cuántas vueltas dio la manecilla del reloj. A la mañana siguiente, regresé mutilada a la cama. Herida, más de lo evidente. Dolor invisible, callado. El gusano aperlado de la tristeza lentamente se instaló en el ánimo de mis piernas, hasta llegar a mi mente. Poderoso universo en el que imperaba el análisis de cada acto cotidiano y el sentimiento de melancolía. Sentí culpa si no alcanzaba la perfección en la crianza. Quise controlar siestas, hora de baño, tomas de leche, etcétera. No fue posible. En adelante, desorden y caos serían las palabras que describían nuestro hogar. Ignoraba que eso era la maternidad: un medio hacer. No comprendía nada. Le exigía demasiado a mis hormonas y entrañas. Estaba rota.

Agujerada. Me causaba pena la ropa tendida al aire, me parecía que carecía de voluntad. A merced del viento se desgarraba mientras el sol desteñía sus colores.

El pijama se convirtió en mi traje de día y de noche. El tiempo dejó de ser mío. La hermosa criatura, nacida de mí, reinaba. Un lazo de enamoramiento y temor me ligaba a ella, supongo. Según su voluntad dormía, comía o me duchaba. Actividades básicas realizadas en tiempo récord. Adquirí la disciplina de un soldado. Mi cara era la del búho. Desarrollé al máximo la potencia de los sentidos, así me mantenían en alerta constante. Sentía profundamente.

Obtuve inusitados poderes. Aprendí sobre el alma de las fragancias y su efecto. El sentido del olfato prevalecía. Por la mañana imperaba el olor a leche derramada sobre mi blusa de flores amarillas, señal de que mis pechos trabajan a libre demanda. Desde la cocina se anunciaban los sabores del pan tostado, los huevos estrellados, el té de manzanilla. Hora del desayuno y de la despedida con mi esposo, quien salía muy temprano a su oficina. Tiempo de zozobra, nos quedábamos solas en casa. En el patio se veían pequeñas sábanas de franela perfumadas a lavanda o eucalipto. Tenía ganas de dormir un sueño largo abrazadas a ellas.

Por la tarde, casi a la hora del pregón del panadero, ofrecía a la recién nacida baños olorosos de miel y avena. Actividad que realizaba acompañada de música clásica o instrumental. Conciertos de burbujas, lloriqueos. Mozart y Schubert, enjabonados, nos proporcionaban un diminuto éxtasis. Me regocijaba humectar la piel limpia con aceite de almendras o cacao. El ocaso representaba el momento del día más insostenible. Temor y ansiedad. No podía respirar. La ingrata noche se acicalaba para mí con el perfume del miedo. Cuerpos tibios y amados descansaban a mi lado. Yo no dormía. Las puertas del sueño se me cerraban.

Entonces, el oído se agudizó. Notables facultades me fueron concedidas. En la inmensa ciudad, escuchaba a cualquier hora, cerca o lejos, el sollozo de otros bebés. En guardia, como buen militar, me mantenía al acecho. A veces el llanto provenía de la calle anterior a la nuestra o en la próxima cuadra. Otras, creí oírlo de otra colonia o de otra constelación. ¿Las estrellas sonreían o lloraban al titilar?

A mis manos les enseñé a hablar, ya que la criatura carecía de palabras. Del mismo modo, aprendí a curar males físicos y emocionales. Concedí masajes para aliviar de estreñimiento al cuerpo pequeño. Ejercité piernas y brazos, desenrollándolos como una raíz salida de la tierra. Mis brazos mecían de madrugada, contaban relatos de gigantes y duendes. Consolaban por pesadillas y cólicos. A la palma de mi mano se integró un termómetro invisible con el que vigilé posibles enfermedades.

Me especialicé en lectura y desciframiento de muecas y gestos. El sentido de la vista se convirtió en herramienta útil de conocimiento y medio de contemplación. A través de los ojos del bebé, supe de sus malestares por *gripitas*, infecciones estomacales, falta de sueño.

Las conversaciones más importantes se han establecido a través de miradas. Todos los siglos, la belleza y los mejores relatos de la historia se encierran en el silencio de nuestros ojos.

La familia visitó mi casa, llevó obsequios. Días confusos. Euforia y vacío. Mi cuñada me habló de siestas y de lactancia. Me regaló una revista para madres primerizas. En el índice aparecía el siguiente temario: consejos para cambio del pañal, la caída del ombligo umbilical, cómo tratar una fiebre, muerte de cuna; consejos de belleza: cómo recuperar la figura rápidamente y mejorar el aspecto de las estrías en la piel. En la publicación aparecían mujeres

radiantes, ¡guapísimas!, peinadas y vestidas para coctel, cargando con alegría a sus bebés o paseándolos en costosas y modernas carriolas. En nada se parecían a mí, pensé. Mi aspecto y sentir me alejaban de aquella representación materna. Ni esos niños rubios, pulcros y regordetes mostraban un ápice de mi infancia. Guardé la revista en el cajón del buró con rabia.

No había perdido mi mente de niña: fantasiosa y profunda. Cuestión de esperar.

Sonia Medrano Ruiz (Zacatecas, Zacatecas, 1966) es licenciada en Odontología, maestra y doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Asimismo, es cantante concertista e investigadora, se ha dedicado al rescate de música desde el barroco hasta nuestros días. Con sus tesis de maestría y doctorado ha tratado de hacer evidente el patrimonio musical del estado de Zacatecas. Ha publicado el ensayo “¡Con Gloria y pesetas! La orquesta típica zacatecana de señoritas (1889-1895)” en *La Investigación Musical en las Regiones de México* (2018), y el artículo “La Orquesta Típica y el Mariachi, promotores del nacionalismo mexicano en ambos lados de la frontera”, incluida en el libro *Del Mariache al Mariachi, Música y Músicos* (2018).

La fábrica

Ya va a hacer un año que mi papá entró a trabajar a la fábrica. Es un lugar muy grande, con un *patiesote* en el centro donde ponen los muebles, después de que los pintan, para que se sequen con el sol. Todos los hacen con maderas muy finas, por eso hay mucha vigilancia. Mi mamá dice que lo que hacen aquí se lo llevan a muchas partes del mundo, entran camiones enormes que cargan en la noche y se van muy temprano, cuando todavía no ha salido el sol, por eso cuando venimos no vemos ni camiones ni mobiliario, porque toda la producción se la llevan a otros países.

Yo me siento contenta de que quede tan bonito lo que hace mi papá, y que, por ejemplo, los japoneses desayunen en un comedor fabricado por él, o que los españoles tengan una sala mexicana en sus casas. Una vez, para el día del niño, le hizo una camita a mi muñeca y hasta un roperito ¡con todo y espejito! Están mejores que los que

salen en la tele, porque los míos huelen bien bonito a madera.

Antes, teníamos un puesto de tacos, mi papá los hacía y mi mamá le ayudaba picando la cebolla y los chiles, haciendo salsa roja y verde, destapando los refrescos, haciendo las cuentas y cobrando. Mi hermano y yo jugábamos allí; como a las nueve de la noche nos daban de cenar y nos decían que nos metiéramos a la casa a dormir. A veces veíamos la tele un rato y luego nos acostábamos.

Ese trabajo era mejor porque mi papá estaba siempre con nosotros. Se levantaba como a las nueve a lavar todo lo del puesto, luego se bañaba, desayunaba y, ¡ahí va! al mercado de San Francisco a comprar el mandado. Llegaba como a la una, comíamos y a las cuatro cocía la carne, preparaba todo lo que se llevaba en el puesto y a las siete y media lo sacaba a la esquina de la calle donde vivimos.

Así era todos los días, menos el domingo, su día de descanso, cuando aprovechaba para llevarnos a pasear a alguno de los dos parques más importantes de la ciudad. Cuando íbamos a *La encantada*, a veces nos paseaba en el trenecito y en otras nos subíamos los cuatro a las lanchitas que rentaban, y aunque me daba miedo de que nos volteáramos, me divertía mucho. Después íbamos a misa de siete de la tarde al templo de Jesús.

A veces mi papá hasta nos llevaba de vacaciones. El año pasado cuando yo salí del kínder y mi hermano de la primaria, de premio fuimos a un balneario de Aguascalientes; anduvimos todo el día en las albercas y luego nos compró cuadernos y libros para iluminar. Poquito después entró a este trabajo.

Ahora, en lugar de llevarnos a pasear, nosotros venimos para acá, porque, como maneja una máquina muy especial que nadie más sabe usar, tiene que estar al pendiente todo el tiempo. Aquí oímos misa y nos estamos

un rato platicando con él, comemos y nos vamos a la casa, él aquí se queda, trabajando siempre.

Yo lo extraño mucho, siempre le pregunto a mi mamá: ¿por qué no vuelven a poner el puesto? — ¡Ay muchacha!, no seas tan preguntona. A tu papá le gusta este trabajo y hasta gana más —me contestó. Yo pienso que, aunque le paguen bien, con el puesto éramos más felices, porque lo veíamos diario. A veces no me quiere traer porque hay muchos hombres; yo me pongo muy triste y empiezo a llorar, entonces me dice —Ándale pues *Chata*, ve por un suéter y trae tu cuaderno para que se lo enseñes. Yo me pongo feliz porque es como un paseo, porque la fábrica está a la orilla de la ciudad. Donde termina el recorrido de la ruta 14. El camión se llena de niños que también van con sus papás.

Hoy es el día del padre y van a hacer una fiesta. De regalo, le voy a dar mi boleta de calificaciones y un pastel que hicimos entre mi mamá y yo. Mi hermano como siempre, no quiso venir, yo no sé por qué a él no le gusta la fábrica; ni modo, él se lo pierde. También le voy a dar la sorpresa de que ya sé leer.

Allá viene muy elegante, vestido con su uniforme. — ¡Felicidades papi! Aquí tienes mi regalo. ¿Adivina qué? ¡Ya sé leer! —Gracias hijita, me contesta levantándose en sus brazos.

—Vamos a ver si es cierto, ¿qué dice allí? —CERESO, le contesté rápidamente

— ¡Muy bien! —me dijo premiándome con un beso.

—¿Qué es CERESO? —pregunté.

Ya te he dicho que no seas preguntona *Chata* —dijo mamá regañándome.

—Es el nombre de uno de los árboles con los que hacemos los muebles —contestó Papá.

Olga Fabiola Romo Enciso (Zacatecas, Zacatecas, 1988) es licenciada en letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas, maestra en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Sonora. Actualmente es doctorante en Humanidades en la Universidad de Sonora. Ha participado en Jornadas Lopezvelardeanas, Festival Internacional de Poesía Zacatecas y Ciclo Nuevas Voces de la Literatura Mexicana, en Bellas Artes. Ganadora del premio estatal de poesía Roberto Cabral del Hoyo en su edición 2009.

Reconstrucción

Cada amanecer él volvía
con el rostro pintado de culpa
y en las manos una voz suplicante
y un ramo de flores.

Entonces
al sentirme importante
reconstruía
mi juego de la casita.

Amas a la mujer lobo que soy

Aunque, para evitar tus pasiones
las aúllas al viento.
Yo, mientras gritas
te lamo el oído,
te muerdo los labios,
me trago tu corazón.

Hannia Yiribeth Valdez Sosa (Zacatecas, Zacatecas, 1997) es actualmente estudiante en la Unidad Académica de Filosofía en la Universidad Autónoma de Zacatecas. Amante de la lectura y la escritura.

Siempre en mi mente, por siempre en mi corazón

Nuevamente es de madrugada, el insomnio insistente de mi compañero ser, es entonces cuando sistole y diástole mi corazón a tope llevan, solo quiero correr a tu regazo, sentir el calor de tu cuerpo, dejar mis miedos de lado y que tus ojos me digan cuán grande es tu amor por mí; poder pronunciar *mami* hasta volverte loca y digas que aquel nombre ya desgasté, quiero oír tus locos y, en muchas ocasiones, sin sentido cuentos, con los que pretendías dormirme, pero solo lograbas divertirme, y a la mitad de la historia la que llegaba a brazos de Morfeo eras tú, agotada de tus largas mañanas en quirófano.

Mamita quiero hacer tantas cosas contigo, pero la que está hoy en mi regazo eres tú y en lugar de sentir tu calorcito y tu cabello poder acariciar, únicamente tengo ante mí una fría y rígida urna que no huele a ti, no se siente para nada a ti... Mis lágrimas caen sin permiso estrellándose en la madera que hoy nos separa. *Mamita* tan solo ayer nos vimos y por un segundo tus ojitos se abrieron, jamás olvidare la última mirada que me regalaste, el amor que en ella expresabas era palpable, pero hoy tu cuerpo a polvo, redujeron.

Recuerdo perfecto esa tarde en tu habitación, hablábamos de todo un poco, cuando de pronto, con angustia me miraste y preguntaste “¿Qué harías sin mí el día que de tu lado me fuera?” ninguna de las dos creyó que ese día llegaría tan rápido y menos que la pregunta me la hiciera

yo, en ese momento te respondí “que jamás te dejaría”, pero hoy ¿quién me responde a mí?

De pronto el pequeño rayito de luz que se cuela por la ventana deja ver en el espejo la triste imagen de una niñita perdida, su mirada no muestra más que desasosiego y una tremenda soledad en su ser; se está percatando de que si se va de bruces, de ahora en adelante, no habrá quien le levante, los kilómetros de carretera que le quedan por andar la abruman, tiene el norte revuelto con el sur y una vez más debe aprender a caminar, esa niñita resulta que soy yo, no puedo más que abandonarme al llanto mientras me abrazo a mí misma.

Arlett Cancino Vázquez (Aguascalientes, 1985) reside en Zacatecas desde 2005. Estudió la Licenciatura en Letras en la UAZ, donde se tituló con un trabajo sobre la narrativa de la escritora española Carmen Martín Gaité. En 2011 inició la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana en la U de G con un trabajo sobre la novela histórica de Paco Ignacio Taibo II. Actualmente cursa el Doctorado en Estudios Novohispanos, también en la UAZ, donde realiza una investigación acerca de la Malinche en el teatro femenino. Colabora para el libro *Zoomex. Los animales en la literatura mexicana* y para medios y revistas electrónicas como: *Cultura Colectiva*, *Express Zacatecas*, *La Soldadera* y *La Jornada Zacatecas*, entre otros.

Modelos de mujer en *Balún Canán* de Rosario Castellanos

Rosario Castellanos es una mujer disidente que inicia el feminismo nacional. En su literatura predomina una reflexión sobre las minorías mexicanas: el indio y la mujer, habla sobre su identidad y situación a mitad del siglo XX. Como ejemplo de ello se encuentra su primera novela *Balún Canán*, donde se describe el enfrentamiento entre indios y latifundistas a consecuencia de las leyes cardenistas en favor de mejorar la situación económica del campesino indígena. Los Argüello, protagonistas de la historia, cumplen a medias con las exigencias gubernamentales, provocando el descontento de los indios, quienes terminan por quemar el cañaveral de la familia y por, supuestamente, embrujar al hijo varón. A pesar de que éste es el conflicto más intenso de la novela, la presencia de múltiples personajes femeninos representa una veta interpretativa muy valiosa, ya que en ellas se denotan usos y costumbres arraigados en nuestra sociedad.

En México, dos estereotipos rigen la identidad de las mujeres. La madre casta y virtuosa representada en la virgen de Guadalupe; y la traidora y trasgresora Malinche. Ambas son los polos de una expresión maniquea: *ser una buena mujer* o *ser una mala mujer*. Para pertenecer a la primera, se deben cumplir al pie de la letra con las exigencias familiares y sociales de una buena hija, buena esposa, pero sobre todo buena madre, a semejanza de la virgen. Por otro lado, para ser de la segunda clase solo se necesita infringir alguno de esos mandatos culturales, tal error invade todos los demás ámbitos de la vida. Es muy fácil pasar de buena a mala, no obstante, es misión casi imposible quitar el mote de mala mujer (Pérez, 2013, pp. 9-14). En *Balún Canán* se encuentran los roles de la *madre*, la *hija*, la *soltera*, la *traidora*, la *separada* y la *bruja*, todos derivados de la dicotomía antes expuesta que determina el destino de los personajes.

La madre

Zoraida se casa con César Argüello por dinero. Con él tiene dos hijos: una mujer y un varón. Es imprudente, irritable y supersticiosa. Desprecia a los indios por considerarlos ignorantes e inferiores, incapaces de comprender las bondades del nuevo mundo que los patrones les ofrecen (Castellanos, 2004, p. 93). Representa el ideal positivo de la mujer mexicana: abnegada, piadosa, dedicada al manejo del hogar y al servicio de los hijos, especialmente, de Mario, puesto que busca perpetuar el apellido de la familia a través de él y asegurar, con ello, el patriarcado en las tierras de los Argüello. Este anhelo la lleva a renegar de su hija y a preferir su muerte en lugar de su hijo.

Como buena mujer se hace cargo de la Tullida, una limosnera desahuciada que al parecer tiene dotes de adivinación, sin embargo, ya casi al final de la novela va a cobrarle el favor por sus atenciones. Le exige que le lea las cartas a su hijo enfermo; cuando se niega, ella la fuerza y se

confirma el mal augurio de su muerte. Zoraida, entonces, maltrata a la Tullida y la tilda de mal agradecida, ya que esperaba una recompensa por atenderla. Así, los valores de la madre abnegada y piadosa son superficiales en este personaje como en muchas mujeres reales. Cumplen con este parámetro de conducta sin creerlo sinceramente, lo que genera una fuerte frustración y desarraigo. Prefieren fingir que poseen las virtudes de las buenas mujeres a reconocer deseos y pulsiones internas. Dentro de la novela, Zoraida, la madre de la niña, es al mismo tiempo su antagonista, su desdén hacia ella y su rechazo hacia los indios expresan su fiel correspondencia con el mundo de los blancos y con el rol social prefigurado.

La traidora

La nana es una mujer indígena que cuida de la niña Argüello. Ella le muestra los valores espirituales y religiosos de las antiguas culturas; la pequeña los absorbe poco a poco y genera cierto respeto y arraigo a la cultura indígena. Fiel a los Argüello, es execrada por los de su raza. Ella se desliga de sus familiares porque vive de los blancos y con los blancos, con su compañía se convierte en una madre postiza de la niña criolla. A pesar de ser india, se encuentra estrechamente relacionada con el mundo de los patrones, trabaja para ellos y los estima, lo que le provoca la maldición de los suyos.

En este sentido, la nana es un personaje femenino doblemente marginado. Su pueblo reniega de ella por querer a los que mandan, los patrones no la reconocen como igual por ser india. Ella se queda en medio ya sin identidad o con una fragmentada, como les pasa a todas las minorías. Al igual que la Malinche, la nana de *Balún Canán* es mujer india que sirve a los amos conquistadores y se entrega a su servicio. Es la traductora del mundo circundante que la niña no entiende aún y que ella le

describe pacientemente; cuando se va, la pequeña se entrega a las supersticiones y cree las historias de demonios que le cuentan, lo que la lleva a dejar morir a su hermano. Con su compañía la pequeña florece, se arropa en su pecho y arropa con eso la situación de los indígenas. Pero para ellos, la nana es una traidora y ahora debe mirar con respeto a amos e indios, lo que la deja en un limbo de indefinición (2004, p. 18).

Para su raza es la mala mujer, porque se entrega a los amos y no sufre por eso. Rompe con los parámetros de la sociedad patriarcal de los pueblos indígenas. Transgrede sus leyes culturales y ahora tiene una marca de por vida. Sin embargo, al final, se revela contra uno de los dueños de su destino, se declara independiente de los Argüello y, por tanto, sin esclavitud. Tras profetizar el mal augurio que cae sobre el niño Mario, Zoraida intenta someterla y le pide que se retracte, pero la nana se defiende, definiéndose a sí misma como parte de su pueblo Chactajal (2004, p. 221). Su independencia, la falta de pertenencia al otro, le permite romper las normas e irse.

Aunque para ello tiene que tolerar el maltrato y vejación a la que la somete su patrona cuando la golpea fuerte con el filo del peine y ella lo tolera todo en silencio (2004, p. 18). Tal escena es símbolo de la vejación de las indígenas a lo largo de la historia nacional. Castellanos recrea en este personaje el mito de la Malinche, lo reconstruye a partir de un caso doméstico común desde la colonización de los españoles. Malinches son todas aquellas empleadas indias que sirven en las casas de mestizos o españoles. De manera implícita, ellas abandonan su raza, aceptan a sus nuevos “amos” y se encariñan con ellos. A pesar de que poseen la libertad que la traición obsequia, el estereotipo de india esclava es una llaga profunda que las refleja a los demás y las determina.

La hija

La niña como narradora de las dos terceras partes de la novela representa el valor de la palabra y el puente entre dos mundos: el adulto y el infantil. Desde pequeña entiende el segundo lugar que le corresponde como mujer, ya que su madre prefiere que ella muera en lugar de su hermano Mario (2004, p. 251). A lo largo de la historia ella vive muchos de los conflictos más fuertes de la familia, de manera implícita la niña emprende un viaje de iniciación hacia los roles femeninos que debe asimilar como suyos.

De igual manera, a través de los juegos infantiles y de las fantasías que crea con los cuentos de Vicenta, paulatinamente pierde su infancia y conoce la culpa y el desasosiego. Su hermano enfermo desvaría sobre la llave del oratorio que ella oculta, le pide que la entregue; existe una remota posibilidad de que con ello él sane, pero la pequeña sabe que si la entrega el demonio Catashaná se la llevará como lo hace con Mario, por lo que decide no hacerlo (2004, p. 263). De manera egoísta prefiere salvarse y dejar morir a su hermano, al final reconoce su error y busca la forma de pedirle perdón.

Los personajes infantiles de Castellanos en *Balún Canán* tienen correspondencia con los caracteres de Ana María Matute en *Primera Memoria*. Matia, Borja y Manuel tienen miedo de ser mayores, pero saben que no tienen otra alternativa. Son seducidos por el mundo de mentiras de los adultos, culpan a Manuel de un delito que no comete, todo para salvarse. Matia es la más consciente de la situación y a pesar de eso no hace nada por evitar su caída. El dolor es más grande para ella, porque por lo menos Borja siempre dijo odiar a Manuel, pero ella lo apreciaba (Matute, 211, pp. 208-212). Toda la novela de Matute es un ritual iniciático de una pareja de adolescentes para aceptar el mundo gris y embustero de la adultez, hacen suyos los códigos de conducta y roles que deben seguir para salvar su pellejo.

Por otra parte, la niña Argüello se cree las historias de demonios y sabe que la llave que pide su hermano delirante es la que ella tiene, pero calla, prefiere que sea él y no ella la castigada por el diablo. Si bien aún no entra al mundo de los adultos, sí comienza a perder la inocencia porque reconoce el egoísmo de su acción, así como el error que comete al negarle un descanso verdadero a su hermano. Ambos personajes, Matia y la niña Argüello, se preparan para perpetrar en ellas los estereotipos sociales que les corresponden, no solo como mujeres sino como adultos individualizados y, por tanto, egocéntricos.

La pequeña de *Balún Canán* descubre a través de sus experiencias de vida el sincretismo del mundo en el que vive. Habla de la convivencia de dos culturas espiritual y dogmáticamente disímiles, dos mundos antagónicos, donde ella existe y construye su identidad. Por un lado, se encuentra el mundo infantil, mágico, lleno de juegos y descubrimientos; mientras que por el otro está el mundo cruel de los adultos, que la rechaza por ser mujer y no varón como su hermano. La cercanía que tiene con su nana también la deja en medio de blancos e indios (Santiago, 2005, p. 186).

Las primas

Romelia, Matilde y Francisca son primas hermanas de César Argüello, poseen su propia finca ganadera, Palo Alto, pero en ella tienen roles de comportamiento muy distintos. Romelia es la *separada* del marido y desde entonces es hipocondriaca. Al ya no tener pareja, carece de valor por sí misma. Es solo cuando regresa con su esposo que nuevamente adquiere un estatus social. En la cultura convencional y conservadora de México, una separación o un divorcio implica un fracaso, que es mucho más estigmatizado en la mujer porque es más lógico pensar que ésta no cumplió con sus deberes. De este modo, Romelia

como mujer abnegada y sufrida, cifra su existencia a partir de los otros, para que ella *sea* es necesaria la previa existencia del hombre, quien será quien evalúe su comportamiento y la defina.

Matilde es la *soltera* mustia que se ruboriza cuando alguien la saluda. Huye de Palo alto siguiendo al sobrino bastardo de César Argüello a quien se entrega con pasión y tristeza, lo que le acarrea un fuerte cargo de conciencia. Considera que su acción trae deshonra a la familia y cae enferma durante bastante tiempo. Nadie sabe qué es lo que padece hasta que descubre que está embarazada e interrumpe el proceso clandestinamente para remediar el pecado que según ella comete contra la familia (2004, p. 198). Sin embargo, vive al borde la crisis nerviosa y cuando Ernesto es asesinado, se delata a sí misma. Luego de reconocer su error, sabe que no tiene cabida en familia porque representa a la mala mujer que trasgrede las normas de lo políticamente correcto y cae en la tentación del pecado y el asesinato de su hijo. Le duelen sus acciones y se destierra (2004, p. 206).

Como muchas mujeres reales, Matilde está limitada por roles de conducta que una mujer decente debe seguir. Esos ideales están tan arraigados en su mente, que es difícil que reconozca en ellos la causa de su infelicidad. Por eso, cuando se entrega a los deseos genuinos de su yo, lo hace con remordimiento e inseguridad, estos dos sentimientos le definen a lo largo de la historia y la empujan al exilio. Nuevamente Castellanos recrea una mala mujer, marcada por la traición a las normas sociales que deberían determinarla.

La prima Francisca, por otra parte, resulta ser de las tres hermanas la más astuta. Afronta el problema de los indios de una manera más sutil e inteligente. Se hace pasar por *bruja* para conseguir el respeto supersticioso de los indios y así conservar la finca. Los avatares de la vida la

hacen cruel, autoritaria y avisada. De esta manera, sobrevive al caos sin necesidad de un hombre que la defienda (2004, pp. 208-209). Ella rompe con los parámetros de conducta de la mujer convencional. Es un personaje femenino activo, a diferencia de sus hermanas que se dejan llevar por el determinismo que los hombres instauran en su existencia. En ella hay un arraigo exacerbado a la tierra en la que crece, lo que hace que traicione a los de su raza y se adecue a los roles de vida de los indígenas. De este modo, podemos decir que es el doble complementario de la nana, porque para sobrevivir traiciona como ella, como la Malinche.

Contrario a los lugares comunes de muchos análisis sobre esta novela, donde se resalta el papel pasivo y sumiso de los personajes femeninos, existe, sin embargo, la otra cara de esa realidad donde es una mujer joven, la niña Argüello, la que tiene la voz de la palabra en dos tercios de la novela. Del mismo modo, la ruina y la muerte de los personajes masculinos plantea la supervivencia de las mujeres en un mundo donde representan la otredad y la marginación. En este sentido, el mundo de lo íntimo, lo privado y subjetivo se mantiene en pie y cobra mayor trascendencia en un mundo donde las normas establecidas desde hace siglos se caen a pedazos (2005, p. 189).

No obstante, en esta novela existen nociones de comportamiento establecidas por el pueblo indígena en conjugación con las de la cultura española que se perpetúan en la historia de la mujer mexicana y se transforman hasta considerarla como instrumento de los deseos del hombre, de la ley, la sociedad y la moral. Dichos parámetros de conducta son reforzados por la mitificación negativa de un personaje emblemático como lo es la Malinche. Justo este aspecto es el que se debe contrarrestar a través de análisis que integren una visión feminista del discurso literario.

Bibliografía

1. Castellanos, R. (2004), *Balún Canán*, México: FCE.
2. Matute, A. M. (2011), *Primera memoria*, España: Austral.
3. Pérez Aguilar, M. de G. (2013), “Reflexiones sobre los estereotipos de la mujer mexicana y el sexismo en la educación formal” en *Academicus*, No. 2, pp. 9-14, en: http://www.ice.uabjo.mx/media/15/2017/04/Art2_2.pdf, 24/11/2018.
4. Santiago Torre, R. (2005), “Los valores de la feminidad en *Balún-Canán* de Rosarios Castellanos”, en *Pandora revue d'etudes hispaniques*, Université Paris VIII, No. 5, pp. 183-190, en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2565579>, 24 de noviembre de 2018.

Y son nombres de mujeres II. Antología de escritoras zacatecanas

Secretaría de las Mujeres

Dra. Adriana Guadalupe Rivero Garza

Colectivo Líneas Negras

Mtra. Irene Ruvalcaba Ledesma

Mtra. Sonia Ibarra Valdez

Se terminó de imprimir en marzo de 2019
en Zacatecas, Zacatecas, México.

Y son nombres de mujeres

Antología de escritoras zacatecasas



ZACATECAS

— SECRETARÍA DE LAS —
MUJERES



Líneas Negras